



**¡QUE BUENOS SON
LOS SANTOS!**

P. M. DE IRAOLAGOITIA, S. I.

MESSAGE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MEDITACIONES PARA LOS QUE NO MEDITAN

(3.º edición)

EVANGELIO SI, EVANGELIO NO

Premio ONDAS 1961 al mejor comentarista religioso

(3.º edición)

CRISTIANERIAS

(Meditaciones para el hombre de la calle)

(2.º edición)

MARIA, EL CARPINTERO Y EL NIÑO

¡Qué buenos son
los santos!



Imprimi potest: EMMANUEL VÉLAZ, S. I.
Praep. Prov. Loiolae.

Nihil obstat: IOSEPHUS VELASCO, S. I
Censor Eccles.

Imprimatur: ☒ PAULUS, *Episc. Flaviobrigensis*
Bilbai, 3 ianuarii, 1965.

*"Vi una gran multitud
que nadie podía contar".*

(Apocalipsis 7. 9)

TRES ADVERTENCIAS

© Editorial: "El Mensajero de Corazón de Jesús"
BILBAO - ESPAÑA 1965

Número registro: BI 18-65
Depósito legal: BI 213-1965

Primera advertencia.

El autor quiere hacer constar que, toda coincidencia entre los santos personajes que aparecen en esta obra y bastantes personas hoy existentes, ha sido, efectivamente, pretendida.

Segunda advertencia.

El autor espera poder añadir un capítulo que trate de usted, a la próxima edición de este libro.

Tercera advertencia.

El autor confiesa que ha incurrido en omisiones lamentables. Aquí faltan santos. Y faltan porque, gracias a Dios, hay santos a barullo. Ya dice el Apocalipsis que son un gentío que nadie podía contar.

El autor sabe que va a recibir cartas llenas de santa indignación, en las que se le increpará por no haber puesto, por ejemplo, a San Emeterio, que es un santo de calibre, si los hay, y además, patrono del pueblo del que escribe la carta.

Sepa el amable comunicante que, el autor, al leer su carta, se pondrá colorado hasta la raíz del pelo, le pedirá perdón y luego gritará con todas sus fuerzas:

¡Viva San Emeterio!

P. M. I.

San Antón,
un santo con toda la barba



No es cierto que San Antón naciera con la barba puesta. No es cierto.

Tampoco es cierto que naciera santo; así, con aureola incluida.

Nació sin aureola y sin barba; San Antón, al nacer, era un rorro lampiño, latoso y feo, como lo somos todos.

La diferencia está en que San Antón después cambió. La barba vino después. Y también la santidad.

Es muy cómodo eso de decir que los santos, ya al venir a este mundo, venían con etiqueta de santos, y que los demás que no hemos venido con esa etiqueta, no hemos nacido para santos y no tenemos que molestarnos en ser santos, etc.

Muy cómodo eso de decir que no tenemos etiqueta de santos. Lo que nos falta a nosotros no es etiqueta; lo que nos falta es otra cosa:

Lo que nos falta es barba.

Y barba es lo que tuvo San Antón; un hombre que vino al mundo tan liso como cualquiera de nosotros, pero que luego tuvo barba para arremeter contra el demonio, barba para arremeter contra el mundo y la carne.

San Antón no nació de madera de santo, ni con carne de santo, ni con barbas de santo.

Al contrario: nació rodeado de las mayores dificultades para ser santo y de las mayores facilidades para ser un majadero: sus padres eran los más ricos de la localidad: grandes extensiones de tierra fértil, abundancia de trigo, centeno, avena, cebada, maíz, habas, guisantes. Sus viñas producían excelente vino dulce y seco, blanco y tinto. Sobre sus prados pastaban innumerables cabezas de ganado: vacas, ovejas, cabras, camellos, caballos y dromedarios.

Como remate de todo, en un altozano, rodeada de higueras y palmeras, de dátiles y de higos, la casa solariega y, en ella, como heredero y primogénito, nuestro Antón.

Circunstancias todas las más propicias para que a Antón no le hubiera salido la barba en los días de su vida.

Y llegó Antón a los veinte años (edad más que sobrada para que a uno le crezca la barba) y perdió a sus padres, quedando dueño y señor de toda aquella riqueza.

Estando en esta sazón, Antón tomó un día el Evangelio, lo abrió y leyó que decía lo siguiente:

Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y da el dinero a los pobres; y después ven y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo.

Antón cerró el libro y se puso a pensar fuerte, pasándose la mano por el mentón, que todavía estaba liso, muy liso.

Antón sabía que aquella frase del Evangelio la había dicho Cristo.

¡Vaya una cosa!, también nosotros sabemos eso.

Antón se dijo que las cosas que dice Cristo hay que cumplirlas a la letra. Nosotros ya no decimos eso. Antón comienza a poner en práctica el consejo de Cristo. Nosotros, no.

Nosotros, a poco de leer aquella frase de Cristo..., nos distraemos..., nos entra un interés repentino de saber qué dice el Evangelio en la página siguiente, y así nos olvidamos de lo que decía en la anterior. Este es un recurso muy astuto que usamos los cristianos viejos y expertos.

Antón, no. Era un cristiano novato. Antón se para en aquella frase, cierra el libro, se va a su casa y empieza a vender: vende trigo, vende avena, maíz, cebada, vende habas y vende guisantes. Vende todas las tierras. Vende ovejas, vende vacas, vende cabras, vende hasta el último camello.

Luego empieza a repartir su dinero a todos los que no lo tienen. En tiempo de Antón había cantidad de gente pobre, necesitada. Hoy también.

Cristo, desde el Evangelio, decía a Antón que diese dinero a los pobres. A nosotros también nos dice lo mismo Cristo.

Antón lo dio todo y salió del pueblo hacia el desierto.

Faltaba por cumplir lo más recio: *Ven y sígueme.*

Aquella noche, en el desierto, Antón volvió a pensar y a pasarse la mano por el mentón.

Raspaba. Barba. Claro que había barba. Hacía falta tener barba para lo que había hecho San Antón.

Pero ahora venía lo bueno.

El demonio no estaba en plan de dejar crecer la barba de San Antón, para que después se pudiese de moda y empezaran a salir por todas partes hombres con toda la barba, con los que no habría nada que hacer.

Y empezó el cisco.

La leyenda y el arte nos han descrito las tentación de San Antón. Ahí están los cuadros del Bosco, Grünewald, Brughel, etc. Se han quedado solos pintando toda clase de monstruos, murciélagos, escarabajos gigantes y alimañas inmundas que amenazan merendarse al pobre San Antón.

No. No fue eso. A San Antón le tentó el demonio mostrándole las mismas cosas y las mismas personas con que nos tienta a nosotros; pero mucho más, a San Antón mucho más.

Le insinuaba, como nos insinúa a nosotros, que dejemos esto y lo otro y que hagamos aquello y lo de más allá:

—Déjate de bobadas, Antón.

—Pero venga, Antón, que no es para tanto.

—Antón, haz esto.

—Antón, haz aquello.

—Antón, haz lo de más allá.

Y Antón se volvía y respondía:

—No quiero.

Y cada vez le crecía la barba dos pulgadas.

Después vinieron las tentaciones de la carne: igual, igual que a nosotros, pero mucho más.

Y Antón veía y sentía todo eso..., pereza y gula y lujuria...

Porque Antón tenía, como nosotros, un cuerpo de carne y hueso, y no de uralita, como algunos creen.

Y a todas estas tentaciones Antón respondía categóricamente con dos palabras:

—No quiero.

Barba; esto es tener barba: varios palmos de la más legítima barba.

Pero faltaba la más gorda de todas las tentaciones: la vanidad, la soberbia.

Cuando vienen los demás y nos dicen que hacemos esto muy bien, que somos geniales en aquello, y que somos muy grandes y que somos muy buenos y que somos unos tíos. Y aquí es donde caemos todos de cabeza, y cuando oímos esto, se nos reblandece el meollo, se nos infla todo el conjunto y acabamos en la supina estupidez de creer que somos algo.

Todos, menos San Antón; que San Antón tenía barba para todo eso.

Claro. Se enteraron en cien leguas a la redonda de que Antón era un santazo. Y se organizó el jubleo. Un día se presentaron todos a San Antón a decirle que hiciera milagros, que curara a todos los enfermos del pueblo, que hiciera correr al Nilo para arriba..., que era un santo, que era un grande, que era un castizo...

San Antón salió afuera y les espetó cuatro palabras (dos más que cuando respondía al demonio):

—¡Fuera! ¡Todos a paseo!

Dio media vuelta y se metió en la cueva.

Tres millas más de barba.

San Dimas,
el buen ladrón



Advertencia preliminar:

Esto de «buen ladrón» es una expresión que hay que entenderla bien.

Primero. San Dimas no fue santo a la vez que era ladrón: no fue «bueno» a la vez que ladrón.

Fue primero ladrón, y después se arrepintió y fue bueno.

Es decir: fue bueno, precisamente porque dejó de ser ladrón.

Segundo. Tampoco hay que confundir la expresión: «buen ladrón», con la de «ladrón simpático»; con esa idea histórica y legendaria del ladrón generoso que roba a los ricos para dárselo a los pobres, a lo Robin Hood; ni con el bandolero romántico de Sierra Morena que se encomienda a la Virgen para que le salga bien el golpe.

No creo que Cristo hubiera invitado a ninguno de estos ladrones simpáticos a entrar derechos al paraíso. Me da la impresión de que para entrar allá no es suficiente el ser castizo y folklórico.

Tercero. Ser «buen ladrón», en el sentido de San Dimas, tampoco es lo mismo que ser «ladrón católico».

El ladrón católico es ese ejemplar frecuente en la cristiandad, que simultanea hábilmente su catolicismo con su latrocinio.

El ladrón católico es ese bicho funesto que nos hace la mayor y más demoledora propaganda contra el catolicismo, porque va a la iglesia y reza y, tal vez, tiene una placa del Corazón de Jesús en la puerta de casa, mientras maneja el negociete ese turbio o el enjuaguillo o la jugadilla por la que consigue un dinero alegre.

Tampoco al «ladrón católico» le dice Cristo que le va a llevar consigo al paraíso.

Y vamos con la vida y milagros de San Dimas.

San Dimas nació en alguna chabola de suburbio de Jerusalén, de padres humildes pero ladroncetes.

En cuanto el angelical Dimas abrió sus ojos a la luz de este mundo, vio exactamente lo que ven millones y millones de niños que hoy también nacen en las mismas circunstancias:

Vio miseria, vio cochambre, vio abandono, vio hambre y vio tristeza.

Dimas lloró; después hizo pucheritos; después pateó y dijo que quería esto y aquello. Y como en casa de Dimas no había ni esto ni aquello ni lo de más allá, Dimas tuvo que dejar de llorar.

Los niños pobres lloran por menos motivos que los niños ricos.

Ya antes de llegar al uso de razón, fue notable cómo, a ejemplo de su padre, aprendió el arte sutil de quedarse con lo ajeno sin ser notado.

Otros santos, al nacer, vieron padres buenos, ejemplos buenos, les enseñaron a rezar, les inculcaron el santo temor de Dios.

¿Es más fácil llegar a ser santos en estas circunstancias o en las de San Dimas?

Vaya usted a saber.

Lo que sí es cierto es que todo el que llega a santo, llega por la misericordia y por la gracia infinita de Dios.

A San Dimas, su mamá no le enseñó a rezar, por que a ella misma no había habido quien se lo enseñara.

No le inculcó el temor de Dios pero sí el temor a la policía.

Y así sucedió que Dimas era ya un experto en robar cuando llegó a darse cuenta de que el robar es pecado.

Según fue creciendo, Dimas se dio cuenta de una de las ideas básicas y luminosas que rigen y mueven a nuestra gloriosa comunidad humana:

Que el fabuloso secreto de vivir sin trabajar está en robar.

Y Dimas, joven observador, prometedor e inteligente, después de grandes reflexiones, se dice a sí mismo:

—Roba, Dimas, que siempre habrá algún infeliz o algún idiota que trabaje para que tú vivas.

Y Dimas coge un puñal y un saco y sube a la sierra, para colocarse allí en la curva de la carretera.

Más de algún personaje de Jerusalén, al verle salir en ese plan, esbozó una sonrisa, no se sabe si despectiva o compasiva.

Claro; los ladrones de primera y de segunda no podían menos de despreciar a un vulgar ladroncete de tercera que tenía que salir con puñal, pasarse las noches en el monte, arriesgar la vida, evitar la policía..., y todo por un puñado de sextercios y alguna joya de ocasión que llevara algún caminante.

Dimas cometió el enorme error de ser ladrón de tercera.

Porque también entre los ladrones hay categorías.

Allí mismo, junto a Dimas, estaba Caifás, ladrón de primera; sin necesidad de salir al monte, y bien sentado en Jerusalén, llevando bajo cuerda todo el monopolio turbio de la venta de los corderos pascuales, y el asunto del cambio de monedas, a base de testafierros y tenderetes y mesas de cambio, en pleno templo de Jerusalén.

Ladrón de primera también Herodes, poniendo contribuciones a su pueblo, no para bien del pueblo, sino para pasarlo él en grande.

Además, éstos no tenían que temer a la policía como Dimas; porque la policía..., la policía eran ellos,

Y llegó el día en que a Dimas le salió mal una de sus faenillas de tercera.

Venía por el camino una caravana de camellos, con un cargamento de trigo, propiedad de un célebre almacenista de la capital. Dimas entonces formaba ya parte de una banda de media docena de arrastrados, también de tercera, como él.

Salieron..., no contaron con la escolta de la caravana. Hubo cisco, mataron dos camellos; varios lograron escapar, pero Dimas y otro tipo de mala catadura quedaron en manos de la policía.

El almacenista (que era uno de los de segunda), para resarcirse de la pérdida de dos camellos, subió el precio del trigo como para resarcirse de veinte camellos, y Dimas y el otro fueron a la cruz.

Por ser de tercera.

En la cruz ya fue otra cosa. Allí estaba Cristo. Y Dimas le vio entonces por primera vez, y le bastó.

Cristo lo hizo todo, claro está. Cristo, cuya misericordia puede y hace estos imposibles.

Desde luego, perdonar a Dimas era más fácil, porque ya había tenido que entregar a la policía todo lo que tenía propio y ajeno. Dimas no dejaba a sus hijos nada robado, y no le quedaba ya nada que devolver.

Pero yo estoy cierto de que la misericordia de Cristo llega aún a más:

Estoy seguro de que, si a Cristo moribundo se presenta en el calvario uno de los ladrones de primera, Cristo crucificado también a éste le hubiera perdonado.

...Naturalmente, después de haberle hecho devolver todo lo robado.

Las tres Verónicas



I. Verónica, la del velo.

Una mujer.

Una mujer, en todo el glorioso sentido de la palabra.

De María Magdalena dijo Cristo que, dondequiera que se predicara el Evangelio, se hablaría de ella.

El gesto de Verónica no está escrito en el Evangelio. Pero de ella se puede decir que, dondequiera que se rece el Vía Crucis, se recordará a esta mujer bendita.

No sabemos quién era Verónica. Una de las hijas de Jerusalén.

Pero una de las hijas de Jerusalén que no se limitó a salir a la calle a ver cómo sufría Cristo... y a hacer lástimas de Cristo y a sacar su pañuelito y enjugar sus propios ojos... por Cristo.

Eran los grandes días de la Pascua, en Jerusalén; era «por fiestas». Las hijas de Jerusalén salieron a la calle a ver la procesión de Cristo con la cruz; pero, antes de salir, tuvieron buen cuidado de ponerse los mejores velos. Era por fiestas y había mucho forastero...

Como, además, pensaban ponerse en primera fila para llorar, y allí serían más vistas..., tenían que ponerse los mejores velos.

También Verónica, cuando vio cómo venía Cristo, se puso el mejor de todos sus velos y corrió a la calle.

Las hijas de Jerusalén, muy monas, muy bien puestas y muy interesantes, lloriquean en primera fila.

Verónica tiene que llegar a Cristo, pero para ello tiene que romper por una masa espesa de mirones del dolor de Cristo.

Primero, rompe la fila de atrás: la fila de los que están allí con la boca abierta: los estúpidos, los que que han ido allí porque allí había mucha gente, y como a esa hora no había fútbol ni había cine...

Después Verónica tiene que romper la fila de los que están allí con la boca cerrada... y con los dientes apretados. Son los que han organizado este festejo: los que llevan a Cristo a la muerte, porque les estaba comprometiendo su vida fácil; los que le han puesto con dos ladrones, para que las cosas que decía Cristo de la pobreza, del dinero y de la justicia, aparezcan como ideas de ladrones, de rojos y de anarquistas.

Por último, Verónica tiene que romper la primera fila de pañuelitos, lloros, suspiros y rostros bien preparaditos de las hijas de Jerusalén.

Verónica: ése es el velo bueno, y la cara de Cristo tiene sangre.

Verónica: ése es el velo bueno, y la cara de Cristo tiene esputos de soldados sirios y de príncipes de Jerusalén.

Verónica: ése es el velo bueno, y la cara de Cristo tiene fango de las calles..., de todas las calles del mundo.

Pero a Verónica no le importa su velo precioso de los días de fiesta; a Verónica le importa el rostro de Cristo, y pone en él su velo y sus manos de mujer, hechas para enjugar llantos, para limpiar ignominias.

El velo de Verónica queda grabado..., pero no sólo el velo, no.

Las manos, las manos buenas de Verónica grabadas con el rostro de Cristo. Y los ojos claros y profundos de Verónica, grabados para siempre con el rostro de Cristo.

II. *Cristina, la del delantal*

Cristina no tiene velo, pero tiene un delantal.

Cristina hubiera salido a la calle aquel Viernes Santo y hubiera enjugado el rostro de Cristo con su delantal.

Es limpio, muy limpio el delantal de Cristina; tan limpio como el velo de Verónica. Tiene la limpieza sublime del trabajo, del amor y del sacrificio.

Infinitamente más limpio que los brillantes vestidos de tantas otras mujeres, manchados por la vanidad, manchados por el egoísmo, manchados, tal vez, por el pecado.

Mucho más limpio el delantal de trabajo de Cristina.

Más limpio que su mismo traje blanco de desposada cuando llegaba al altar.

El delantal de Cristina con los pucheros, con los niños, con las labores, con los polvos..., con toda la casa.

El delantal de Cristina aleteando por toda la casa como el ala de un ángel.

Cristina, tú no estabas en Jerusalén la mañana del Viernes Santo.

No importa, Cristina; Cristo pasa todos los días por tu casa, cuesta arriba..., cuesta arriba...

Cristina, tu casa se parece también un poco a una cruz.

Tu casa se parece un poco a una corona de espinas.

Las cosas y, sobre todo las personas, llevan todas grabado el rostro de Dios. Un rostro, a veces, desfigurado, manchado, dolorido.

Necesitan tu delantal, Cristina, necesitan tu delantal.

Tú no ves ahora en él más que las marcas que en él dejan las cosas: suciedad, tristeza, cansancio...

Pero Dios ve en tu delantal grabada otra figura.

Dios ve tu delantal grabado con el rostro de Cristo.

III. *Chuchi, la de la estola de visión*

Chuchi tampoco tiene velo. ¡Qué va a tenerlo!

Tendría que ser una rancia o una monja para salir a la calle con velo. Y Chuchi no tiene ni pizca de rancia ni de monja.

Chuchi no tiene velo, pero tiene una estola de visión.

Entendámonos: Chuchi es católica. No lleva velo y lleva estola de visón, pero todos sabemos que eso no no tiene que ver nada para ser o no ser buena cristiana.

Y Chuchi es buena, en el fondo..., bastante, bastante en el fondo; de hecho llora y le da mucha pena ver a Cristo sufriendo con la cruz a cuestas.

Chuchi es una de las hijas de Jerusalén que está allí, llorando por Cristo en primera fila. Con el visón que lleva y con el público que hay, tiene que ponerse donde la vean. Donde la vean cuando pasea o donde la vean cuando reza; donde la vean cuando ríe a los hombres o donde la vean cuando llora por Cristo.

No te muevas, Chuchi, que ya saldrá a limpiar el rostro de Cristo alguna beata rancia de esas, de las del velo, alguna Verónica de esas. Tú estás más bonita así: llorando en primera fila.

No te muevas, Chuchi, que ya saldrá alguna de las las de delantal, de las que se dedican a limpiar porquerías, alguna Cristina de esas.

Si Herodes no hubiera
matado a los Inocentes...



Herodes fue un bruto. Claro.

Fue una pena el que asesinara a aquellos niños.
Desde luego.

No hay derecho.

De acuerdo. Aquellos niños tenían derecho a vivir; a hacerse grandes, a hacer todas esas cosas grandes que hacemos los que somos grandes; tenían derecho a morir de muy viejos con toda una vida y una conciencia cargada de todas esas cosas grandes que hacemos los que hemos llegado a grandes.

Ismaelín.

Ismaelín era un niño regordete y simpaticón que andaba ya a dos, tres y a cuatro patas, y sabía ya decir: «ra-ra», «bu-bu», y otras cosas.

Todo esto hasta que vino el sicario de Herodes con aquel cuchillo grande... e Ismaelito se fue al cielo; que si no...

Si no... Ismaelito hubiera crecido mucho. Y hubiera tenido cinco y siete y nueve años... Y hubiera tenido que hacer recados, y hubiera roto más de una botija al ir a la fuente; y su padre le hubiera dado más

de una paliza... y esta vez sin tener el mérito de ser mártir por Cristo.

Ismaelito hubiera crecido más y aprendería a robar manzanas y a decir palabrotas y a reirse del tonto del pueblo, y a decir: «no me da la gana» a su Madre y a formar una pandilla con los otros y a hacer pira de la escuela.

Ismaelito crecería todavía más y comenzaría a salirle barbilla y bigote y a cambiársele la voz; Ismaelito creería que la voz grave y los pelillos de la barbilla y el bigote le daban derecho a hacer el gamberrito.

Ismaelín, para estas fechas, ya habría hecho llorar más de cinco veces a su madre; y para demostrar que era un machote, los sábados por la noche bebería más de la cuenta y armaría camorra en el pueblo hasta altas horas de la noche.

Ismaelín, que ya no tendría nada de inocente ni de mártir, no querría trabajar en el campo de Belén de Labrador, como su padre, y un día, después de una bronca gorda con toda la familia, se marcharía a Jerusalén, y allí se alistaría de legionario romano o de sayón; con lo cual, tendría un cinturón de cuero, unas botas, una espada, una lanza, rancho de balde, y unos pocos sextercios al mes para gastarlos en vino.

Después, quién sabe... si le habría tocado estar de guardia aquella noche en que llevaron a Cristo y si habría participado, como los demás, en el bromazo aquel de ponerle una corona de espinas y darle bofetadas...

Ismaelín, después se habría ido haciendo viejo..., y tendría que dejar de ser soldado y sayón... y tendría que volver a Belén a levantarse por las mañanas, y a

trabajar en el campo, y comer lo de siempre, y a regañar con los de casa, como siempre, y a volver a trabajar hasta la noche... y así.

Y todos los días lo mismo. Menos los sábados, en que no se trabajaba, y se pasaría la tarde entera en la taberna, venga a beber y venga a jugar a las cartas, y venga a decir siempre lo mal que está la situación...

Hasta que un día, aquel Ismael se moriría de puro achacoso y viejo.

Sin ser inocente, ni mártir, ni nada.

Pero todo eso no fue así. A Ismaelín lo mató el sicario de Herodes, cuando tenía trece meses; no ha empleado una vida en vulgaridades y majaderías, y además es santo, es inocente y es mártir.

Gloria in excelsis Deo.

Zorobabelito.

Zorobabelito era el hijo del mesonero de Belén. Aquellas Navidades lo había pasado muy bien, mucho mejor que el Niño Jesús en aquella cuadra sucia; porque Zorobabelito tenía la casa más grande de Belén; como que en ella cabían hasta ochenta, y bien apretados como aquellas Navidades, hasta doscientos treinta y siete.

Su padre, que era el único mesonero de Belén, hizo el agosto aquellos días del censo; se aprovechó de que era el único mesonero y de que los forasteros no tenían más remedio que venir a Belén, y subió los precios el triple: tres denarios por persona por estar un día bajo techo, aparte de las comidas, que eran un plus, y de la cama, que era otro plus.

El caso es que Zorobabelito era el niño de más «porvenir» de todo Belén. Con decir que su padre era el único en el pueblo que tenía camello...

Cuando llegaron los soldados de Herodes a matar a los niños, el papá de Zorobabelito dicen que dio cien denarios al sacristán de la sinagoga para que falsificara la partida de circuncisión en el registro, de forma que apareciera que Zorobabelito tenía tres años cumplidos, pero no resultó; porque cuando vino el teniente de los del cuchillo, preguntó al nene cuántos años tenía y, a pesar de los tres años del registro, Zorobabelito no supo decir más que: «mu-mu», y levantar un solo dedo.

Entonces, dicen que el mesonero ofreció mil denarios al teniente, para que no lo matara; el teniente pidió dos mil y el camello, y el mesonero, que era un hombre de esos que ante el dinero no se deja llevar excesivamente del sentimentalismo, entregó a Zorobabelito.

Fue una pena. Morir tan joven y teniendo un «porvenir» como el que tenía Zorobabelito...

Porque, de no haber sido acuchillado, Zorobabelito habría aprendido en casa, como su padre, todos los trucos para llevar un buen negocio y, ya de grandecito, montaría una cadena de mesones en Jerusalén.

Conseguiría el monopolio mesonero de la capital, pasando pingües sumas a Anás, Caifás, Herodes y Pilato. Después elevaría las tarifas y se haría de oro en las festividades de la Pascua, a las que estaban obligados a acudir todos los judíos.

Además, compraría o arrendaría todas las tierras alrededor de Jerusalén, y las acotaría como terreno de

«Camping», cobrando cinco denarios al día por derecho a poner tienda.

Después Zorobabelito, hombre de negocios, y en connivencia con los de siempre, habría organizado mucho más sólidamente, en la plaza del templo, el mercado de los corderos y las palomas. Para el cambio de monedas habría cerrado toda la columnata del pórtico de Salomón, poniendo sesenta taquillas simultáneas, con grandes letreros con las últimas cotizaciones; letreros que se podrían cambiar desde dentro, claro está.

Todo previsto y sólido, para que Cristo no lo pudiera descalabrar con un látigo, así como así.

Todo un «porvenir», para Zorobabelito, truncado por el cuchillo del teniente.

Zorobabelito, que podría haber llegado a ser el Magnate del Cambalache.

Y que terminó con dos añitos, sin ser más que Inocente y Mártir de Cristo...

...*Los otros*

Entre los otros niños Inocentes, uno iba a ser camellero, otro fariseo, otro cobrador de contribuciones, otro bandido en la carretera de Jericó, otro barbero de Pilato, y uno iba a ser apóstol de Cristo..., pero Dios ya sacaría otro apóstol en su lugar; no somos tan indispensables los hombres.

Ellos, por su parte, están en el cielo tan contestos de morir como murieron...

Como tantos otros niños que mueren Inocentes...

Todos los santos



Sí. El mundo está lleno de santos. Hombres, mujeres, niños, ancianos... Gentes de buena voluntad, gentes en gracia de Dios, gentes que creen, aman y esperan...

Los santos.

Los santos de aquí abajo: los que suben y bajan las escaleras, los que van por la calle, los que leen el periódico, las que van a la compra.

Los apóstoles, los confesores, los mártires, las vírgenes...

Los apóstoles.

Además de San Pedro y San Felipe y San Bartolomé.

Los otros apóstoles, los de aquí: la antigua alumna de aquel colegio, que ahora va muchas tardes por el suburbio, con su vestido más sencillo y con su gesto más natural, enseñando a los niños, consolando a los enfermos, arreglando algunas cosillas que necesitan arreglo.

El estudiante al que no le da la gana de hacer el majadero y que ha conseguido que otros compañeros tampoco lo hagan.

Son los apóstoles; están aquí, los vemos todos los días. Están haciendo nuestro cristianismo más ancho y más profundo...

Los apóstoles, son esos cristianos que todavía quedan, que no «dicen», sino «hacen» cristianismo:

los que se molestan por los demás;

los que pierden una buena jugada por favorecer a los demás;

los que aman más al prójimo que al dinero...

Están aquí, entre nosotros; son nuestros santos apóstoles, porque están haciendo que los demás vean que el cristianismo es verdad; que hay alguien que todavía hace en el mundo lo que hizo Cristo y lo que dijo Cristo que hiciéramos.

Son los apóstoles, son los misioneros en estas grandes tierras de «infieles», que son nuestras grandes cristiandades.

Los mártires.

Sí; son innumerables los que sufren y los que lloran.

Pero no todos éstos son mártires. Los mártires son los que sufren y lloran... pero aguantan.

Los que aguantan por Dios y por las cosas de la otra vida.

Los que tienen la grandeza de espíritu de no rebelarse ante el dolor, de no estallar ante la contrariedad, de no hundirse ante la adversidad.

Los mártires; los que siguen enteros a través de los frecuentes y serios tormentos que acontecen en la vida de todos los hombres.

Todavía hay valientes entre los enfermos, los solos, los fracasados y los despreciados.

Los crucificados en tantas cruces del mundo que todavía tienen valor para perdonar a todos los fariseos y escribas que les clavaron allí.

Los que saben subir con la cruz a cuestras por las calles de la vida.

Los que en los momentos de mayor sufrimiento saben que mañana estarán con Cristo en el Paraíso.

Los que saben tomar y llevar con elegancia una cosa que Cristo puso con amor en nuestras manos:

El dolor.

Todavía hay mártires de Cristo en el mundo.

En realidad, el mismo mundo es como un gran Coliseo, donde no faltan cruces y sayones y leones y leopardos...

Donde no falta esa plebe de siempre, embrutecida y malhechora.

Pero donde tampoco siguen faltando esos ancianos y esos niños, esas mujeres y esos hombres.

Los mártires de Cristo.

Nuestros mártires gloriosos: desde esa cama de hospital, desde ese hogar difícil, desde aquella situación humillante, desde aquella soledad abandonada...

Ellos son una explicación de por qué, a pesar de todo, sigue cada día más fuerte el cristianismo.

Las vírgenes

Ellas, las limpias, las blancas. Las que podemos mostrar a Dios con orgullo, para que no crea que todo es sórdido en este mundo.

Las vírgenes, no en la materia, sino en el espíritu.

Las vírgenes de los conventos y las de fuera de los conventos.

Las que han elegido a Cristo.

Las que no se han contentado con llorar un poco al borde de la acera, como las hijas de Jerusalén, sino que han seguido a Cristo hasta arriba, hasta el fin.

Las vírgenes y mártires, porque siempre que se va totalmente con Cristo, se acaba en la cruz.

La muchachita aquella toda ilusionada a quien uno de esos novios vulgares, de siempre, amenazó una tarde con uno de esos dilemas todavía más vulgares.

La muchachita virgen dijo que no, por Cristo, a una ilusión inmensa.

Fulanita, virgen y mártir. Es lo que Cristo tiene escrito allí arriba.

Las vírgenes prudentes de nuestros días, que son cinco y también cinco mil; todas ellas con la lámpara llena de su sacrificio, de su amor, de su entrega:

las monjitas de los niños y de los enfermos;

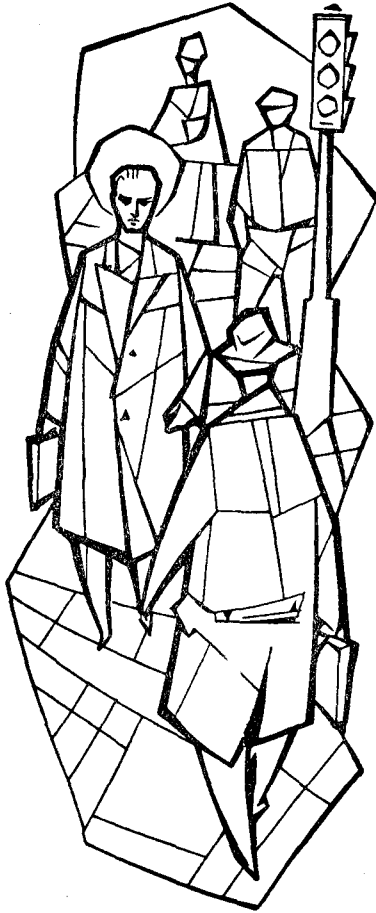
las tías solteras de los hogares, de los catecismos y de los suburbios;

las vírgenes que desde los claustros van conteniendo la cólera de Dios, en constante relevo de guardia, desde los «maitines» y los «laudes», hasta las «vísperas» y las «completas».

Todos los santos y santas de la tierra...

¡Que Dios os bendiga!

San López,
patrono del hombre de la calle



Nació en el tercero izquierda del número 27 de una calle cuyo nombre no recuerdo. No importa; en adelante se llamará calle de San López, las temporadas en que manden los de derechas.

No hubo revelaciones especiales el día de su nacimiento. A su madre le pareció un niño muy guapo, y se lo quería comer a besos; a su padre también le pareció bastante guapo, y le dio un beso y salió corriendo al taller para que le subieran los puntos.

A todos los demás, les pareció un niño normal, que gritaba y hacía pucheros y todo eso.

Sólo a Dios le pareció diferente; porque Dios sabía que Lopecito iba a ser santo... y muy santo.

Fue el signo de la vida de San López: a todos les pareció un niño normal, un joven normal, un hombre normal. No hizo cosas extraordinarias: cumplió siempre con su deber.

Lo cual no deja de ser fenomenalmente extraordinario.

Pero de estas cosas no se enteran los hombres; el que se entera es Dios. Dios que estaba entusiasmado de López, y a quien ha puesto muy arriba en el cielo,

y lo ha constituido: Celestial Patrono del hombre de la calle.

Vamos a ver si ponemos en claro unas cuantas cosas:

Primera: Que San López fue santo.

Quiero decir, lo que se dice santo: lo mismo que San Lorenzo y que San Antonio y que San Raimundo de Peñafort.

Segunda: Que San López fue santo; pero, a pesar de esto, no fue fraile, ni cura, ni monja.

Tercera: Por qué San López no aparece en nuestros altares:

Pues..., en realidad..., porque San López fue un santo con pantalones.

Es decir: un santo inadmisibile para nuestros altares y retablos, donde tienen la exclusiva los santos con inmensas ropas tales, los angelitos con demasiada poca ropa, y San Juan Bautista, que suele ir muy a medias.

Esta es una de las razones por las que no se atreven a poner en los retablos a San López; parece que los pantalones resultarían poco litúrgicos en el altar.

Otra de las razones es que, a los santos, hay que presentarlos con los trofeos de su santidad o de su martirio; y en el caso de San López, tendríamos que presentarle con sus ocho hijos, el sastre, el carbonero, el jefe y los compañeros de oficina, el casero y la compañía de electricidad...

Y para poner todos estos trofeos de su santidad, habría que hacer obra en el ábside.

Estas son las razones por las que San López no aparece en los altares; no es porque no fuera santo.

Cuarta aclaración: Que es verdad que, en vida, apenas nadie se dio cuenta de que San López era un santo: ni sus compañeros de trabajo, ni sus amigos, ni sus vecinos.

Esto tiene dos explicaciones:

Una es que, normalmente, los amigos y vecinos, nos fijamos mucho más en las cosas malas del prójimo que en las buenas.

Otra explicación es que, con San López, ocurrió lo mismo que con Jesús, María y José aquellos treinta años de Nazaret: eran santos como nadie, pero ni los del pueblo se dieron cuenta.

Virtudes de San López.

Sacrificio: San López estaba convencido de que no había nacido para pasarlo en grande en esta vida. Estaba convencido de que el fin del hombre no estaba, precisamente, en hacer todo lo que le viniese en gana. San López no fue un cómodo, ni fue un vividor, ni fue un fresco.

Generosidad: Para San López, los demás hombres no eran unos seres de quienes hay que aprovecharse. San López vivía justo para sí y para su familia, pero siempre tuvo de dónde ayudar a otros que vivían más justo que él. San López fue siempre un buen compañero: supo dar no sólo de su dinero, sino, sobre todo, de su alegría, de su respeto, de su consuelo. San López tuvo siempre una mano generosa, abierta para estre-

char todas las manos: las sucias y las enguantadas, las callosas y las ensortijadas...

Sinceridad: No tuvo nada que ocultar. No tuvo ninguna juerga que ocultar a su esposa, no tuvo ningún negociete que ocultar a la sociedad; tampoco ocultó ningún acto de religiosidad a sus amigos hombres. A fuerza de sincero, tampoco tenía respetos humanos, nunca ocultó a sus amigos que iba muchas veces a Misa y que recibía con mucha frecuencia los Sacramentos. Era sincero..., y Dios no le daba vergüenza.

Paciencia: San López tuvo paciencia con los ocho hijos; paciencia con el precio del aceite; paciencia con el sueldo de fin de mes; paciencia con algún compañero de oficina...

Algunos defectos de los que se corrigió San López.

De insultar al árbitro con cierto exceso.

De haber dicho: «¡Chica, estoy harto de macarrones!», delante de los ocho hijos.

Milagros de San López.

El milagro de haber convertido el justito sueldo mensual en una esposa y ocho hijos, que seguían viviendo y engordando, creciendo y comiendo.

El milagro de que, cuando le iba mal alguna cosa, no echaba la culpa a quien sea: al jefe, al encargado, a la Renfe, al clero, a la Nato o a la Vía Láctea.

San López murió de una santa muerte, mártir del tráfico y en acto heroico de obediencia a las leyes de **la circulación:** por cruzar una calle cuando tenía luz verde y no haber podido suponer que el señor aquel que venía lanzado en su coche, era un señor que tenía muchos asuntos y mucha prisa, y no estaba para luces rojas ni otras bromas.

San López murió allí, santamente, delante de la lucecita verde del semáforo, rodeado de desconsolados guardias y de un nutrido grupo de mirones. Allí mismo bajó Dios para recoger su alma y darle, para siempre, el premio que se merecía.

Apóstoles, F. C.



También Cristo fundó un club. Y le llamo club, ya que no podemos llamarle Sociedad Anónima ni Sociedad Limitada, puesto que no se trataba de ganar dinero; tampoco le llamaremos Democracia tal..., o Partido tal..., o Dictadura tal..., porque no pretendía hacer política, sino todo lo contrario; tampoco se trataba de un Sindicato ni de una Cooperativa de consumo ni de una Banda de música.

Provisionalmente, pues, vamos a llamarle club. Los cuatro evangelistas nos dan la lista de los doce socios fundadores del club, que quedaron en once, pues uno de ellos, Judas, fue despedido de la Federación por juego sucio y por venderse al adversario. Se da la casualidad de que Judas, el expulsado, era el único que era de Judea. Los demás, los once legítimos, eran de Galilea, de la más pura cantera regional.

Ahora bien: decir que alguien funda un club con once socios, hoy no podría significar más que una cosa: que ese club era un club de fútbol. Pero en el siglo primero era distinto. La Humanidad no había llegado aún a ese alto grado de evolución social en el que un objeto tan egregio como una pelota de cuero acapare tan elevados porcentajes de nuestro espacio mental.

Indudablemente, esa lista que dan los evangelistas no es un equipo de fútbol. Sin embargo, alguien ha

dicho que, al presentar los cuatro comentaristas un orden distinto en la lista de socios fundadores, podría indicarse que se trataba de diversas alineaciones de un equipo.

Tampoco esto prueba nada; porque, de dar la alineación en plan de equipo, la hubieran dado con la debida separación de renglones para indicar las diversas líneas de defensa y ataque. Exactamente como lo hacen los cronistas de la página de deportes. Hubieran escrito, por ejemplo:

		Tomás		
Santiago I		Mateo		Bartolomé
	Felipe		Andrés	
Juan	Tadeo	Pedro	Simón	Santiago II

No la dieron así. Dieron todos los nombres seguidos, sin interrupciones. Indudablemente, no se trataba de un equipo de fútbol.

No digo esto porque crea que los apóstoles iban a perder popularidad al considerarlos como jugadores de fútbol. En realidad, hoy el considerarle a uno como gran futbolista, es considerarle como a una de las personas más grandes y más célebres que pueden darse en este mundo.

Y conste que yo estoy de acuerdo en que, ser futbolista de Primera División, es francamente difícil. Tampoco ser apóstol de Primera División, como ellos fueron, es nada fácil. Hay que tener facultad y coraje y fondo y clase y cerebro y corazón..., y todo eso que se dice en la página de deportes.

A estos once fundadores del club, Cristo los sometió a un entrenamiento durísimo. Así es como salen las

primeras figuras. Lo digo porque luego vendríamos muchos que ficharíamos en el club de Cristo con pretensiones de ganar primas de titulares; pero sin coraje para aguantar los entrenamientos. Y nos lamentamos de que, en Cristianismo, no pasamos del reserva o del juvenil. La culpa es nuestra.

Dice Cristo: el que quiera ser de primera división, «que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga» (Mateo 16,24).

Duro; este es un entrenamiento muy duro. Pero, Pedro y Santiago y Andrés y Mateo, y los once fundadores del club, aceptan y se entregan a todo este entrenamiento. Claro; salen todos de primera división e internacionales; y mueren con las botas puestas.

Mientras tanto nosotros, la gran turba de cristianos con carnet, no pasamos de categoría regional; quizá ni eso; quizá no pasamos de espectadores de gradetrío de los que gritan mucho, pero no hacen nada; de los que saben cómo se meten goles, pero no han metido uno en su vida; de los que tienen al club, al Cristianismo y a Cristo mismo, en la solapa y en la garganta, pero no en el alma y en las obras.

Muy interesantes las declaraciones de Pablo, otra primera figura que, poco después, fichó por el club:

«Todos juegan en el estadio, pero no todos reciben el premio. Jugad de forma que lo ganéis... No será coronado vencedor sino el que jugare con todas las de la ley» (I Corintios 9, 24; II Timoteo 2, 5).

Era este mismo Pablo el que, poco antes de morir, tenía derecho a hacer las siguientes declaraciones:

«He jugado buen juego, he sido fiel al club; ya

no me queda sino recibir el trofeo que en justicia me dará el Señor, árbitro justo» (II Timoteo 4, 7-8).

Lo que estos tuvieron es: mucho entrenamiento y mucho amor al club. Nada de jugar por dinero.

Por dinero acabó jugando Judas. Se dio cuenta de que en el club de Cristo había pocas esperanzas de ganar dinero. Se vendió al club adversario. Le pagaron treinta modenas por un tongo. Lo demás ya lo sabéis.

Pero no vamos a hablar de Judas. Es mejor pensar en los once buenos. Un ejemplo fantástico para todos nosotros. Porque, la verdad es que todos somos del club. Tenemos carnet y hemos fichado.

Pero no basta. Hay muchos de nosotros que estamos en el reserva y quién sabe si solo de espectadores en el graderío.

Sermón de San Roque



Exordio

Mis amados hermanos:

Ya sabéis todos para qué he subido a este púlpito: para estar diciendo durante diez, veinte o treinta minutos que San Roque fue bueno, que fue muy bueno, que fue colosalmente bueno.

Sabéis que yo soy el predicador «de fuera» traído para las fiestas del pueblo. Os estáis fijando en si tengo buena o mala voz, en si echo párrafos largos o cortos, en qué tal me sienta el roquete y en si soy guapo o feo.

Os estáis fijando mucho más en mí que en San Roque.

Porque sabéis que luego los comentarios los vais a hacer más sobre mí que sobre San Roque.

Y eso no debe ser así. No se trata de que penséis en mí, sino en San Roque.

Primero, porque hoy es la fiesta de San Roque y no la mía.

Segundo, porque a quien debéis imitar es a San Roque y no a mí; puesto que San Roque fue mucho mejor que yo.

Y ahora vamos a rezar un Avemaría a la Virgen Santísima, pidiéndole dos cosas: que durante el sermón nos fijemos en San Roque y no en el predicador; y que, después del sermón, los comentarios los hagamos sobre la vida y ejemplos de San Roque, y no sobre si el predicador era listo o tonto.

Ave María.

Primera Parte

San Roque, mis amados hermanos, vino a este mundo con todos los puntos necesarios para ser un fresco, un canalla.

Tenía riquezas, castillos, criados, su padre gobernaba la ciudad. Como podéis suponer le rodeaba un enjambre de cuentistas y aduladores.

Y, como todo hijo de vecino, Roque llegó a la «edad del pavo». Lo ordinario es que, a esa edad todos hagamos más o menos el pavo; y aquí empieza lo extraordinario de Roque: que no hizo el pavo.

Os acordáis en el Evangelio de una vez que Cristo se encontró con un joven rico y le aconsejó: «Ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y ven y sígueme».

Pero el joven no le hizo caso.

Y Roque sí.

Y aquí está la diferencia. Roque mis amados hermanos, no es un santo porque es patrón de este pueblo; Roque es santo porque se fastidió, dió todo su dinero a los pobres y siguió a Cristo.

Roque se enfrenta con la peste. Roque no huye: hay hermanos hombres que sufren y agonizan y mueren.

Roque los cura.

Roque aguanta y limpia toda la porquería de los apestados.

Roque sabe que apestan, pero se queda.

Roque sabe que se puede contagiar y, en efecto, se contagia.

Roque con peste, huele mal y horroriza a los hombres.

Roque es abandonado de los hombres.

Roque muere en la cárcel.

¡San Roque bendito, cúranos de la peste!

Hay peste en nuestras ciudades en nuestros campos, en nuestras casas, San Roque.

Hay peste contagiosa en nuestro pensamiento, San Roque. Mira, todos pensamos lo mismo. Esto es una epidemia mental. Los periódicos, todos dicen lo mismo y nosotros leemos todos los mismos periódicos.

San Roque, es una peste que hoy tengamos que estar hablando todos de la boda de aquella princesa, mañana de la carrera de aquel ciclista y pasado mañana de la subida de los embalses.

San Roque bendito, líbranos de la peste de leer lo mismo, de oír lo mismo, de pensar lo mismo.

Cantamos porque otros cantan, silbamos porque otros silban; aplaudimos porque otros aplauden; rezamos porque otros rezan.

Somos unos contagiados y contagiamos a los demás. Nuestros pensamientos son todos iguales.

Todo es peste.

Mírales a ellos, San Roque. Todos con los mismos síntomas: de jóvenes hacen un poco el tonto; de maduros se hacen conservadores y egoístas; de viejos se confiesan y mueren.

Ellas también se contagian, San Roque: de jóvenes se tienen que peinar todas como aquella artista de cine, de mayorcitas todas tienen que enterarse de todo lo que pasa en el pueblo, de mayores se ponen una mantilla en a cabeza y van, hasta demasiado, a la iglesia.

San Roque bendito, líbranos de la peste de hacer lo mismo.

Cuando tenemos todas que murmurar porque hay una en nuestro corro que ha empezado a murmurar; cuando tenemos todos que hacer el burro porque hay uno en la cuadrilla que ha dicho que esta tarde tenemos que hacer el burro; cuando disparatamos todos en el café porque hay uno en la tertulia que ha dicho un chiste necio o una irreverencia o una herejía, y decimos todos lo mismo por respeto humano o porque no sabemos nada de teología o por decir que hemos leído aquel librote.

Contagio, San Roque. Peste y nada más que peste.

Cuando pecamos porque otros pecan; porque no tenemos personalidad suficiente para no pecar.

Peroración

Mis amados hermanos, en esta Misa Mayor vamos a pedirle a San Roque, muy de veras, que nos libre de la peste. De la peste de contagiarnos todos de la

misma despersonalización, de la misma vulgaridad; de la peste de no ser hombres ni mujeres sino pasta humana indiferenciada, todos con los mismos síntomas, todos con las mismas lacras, todos con el mismo olor todos con las mismas llagas.

Líbranos, San Roque, de la peste de pensar como todos piensan; de hacer lo que todos hacen; de pecar porque otros pecan; de rezar sólo porque otros rezan; de ser estúpidamente vulgares.

Amadísimos hermanos: con la ayuda de San Roque nuestro Patrono, y con nuestro esfuerzo, podemos vencer la vulgaridad de nuestra vida, que es la peste que nos impide alcanzar el Reino de los cielos...

... gracia que a todos os deseo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Está entre nosotros
el santo Job



Terrible plan el del santo Job.

Pórtate bien, sé honrado, no te aproveches, aguanta... total, para eso: para que luego te salgan todas las cosas mal en esta vida.

Luego, que nos vengan otra vez con aquellos cuentos celestiales que nos vienen contando desde nuestra más tierna infancia, y en los que se nos dice que si somos buenos y si obedecemos a papá y a mamá Dios nos dará primero un helado de chocolate, después una bicicleta, después un abrigo de visón y después nos curará el cáncer.

Y, al revés: cuentos moralizantes en los que se nos decía que, si decíamos mentiras, Dios nos alargaría la nariz; y, si éramos malos, cogeríamos escarlatina, perderíamos todos los partidos de fútbol, el rayo quemaría nuestras miseses y moriríamos comidos de gusanos como Herodes.

Falso y deseducativo.

Porque Dios, para premiar y castigar, tiempo tiene en la otra vida. Y en ésta, El sabe lo que se hace con los buenos y con los malos.

Ahí está el santo Job, que no me dejará mentir.

Santo y reventado.

Y, después de reventado, seguir siendo todavía santo. Que es como ser santo diez veces.

Y ahora nos vienen algunos con que Job no existió propiamente. Que es una parábola, que es una enseñanza...

Protesto; Job ha existido y existe. Negar la existencia de Job sería como negar la existencia del hijo pródigo, y los ha habido a millones; sería como negar la existencia del rico Epulón y del pobre Lázaro, siendo así que ellos son los protagonistas de la humanidad; sería como negar que han existido las vírgenes necias, y las estamos encontrando todos los días...

Claro que Job ha existido. Y no sólo uno, sino muchos Job. En el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

San Job Ibáñez había sido de la «buena sociedad»: amplio piso céntrico, coche de los grandes y todos los hijos en colegios de pago.

Hasta que un día, creo que fue después de unos Ejercicios, se puso a revisar a fondo las cuentas de su negocio, y vio que allí no se había jugado limpio en muchas cosas.

Y, entre restituir lo injusto y no sacar ya en adelante más que lo que en justicia le correspondía, resultó que hubo que vender el coche, cambiar a otro piso más baratito y no encontrarse más que por casualidad con las amistades de antes.

Total, que la familia de San Job Ibáñez, dejó de pertenecer a la «buena sociedad», y empezó a pertenecer a la «gente».

La que se puso como una fiera fue la mujer de San Job Ibáñez. Quemada en su vanidad, hervía de amor propio y de humillación y de rabia.

—¡Eres un imbécil... un idiota! Hay otros muchos que tienen sus negocios en las mismas circunstancias y no hacen lo que tú has hecho. Y son tan católicos y más que tú.

—Ahora, por tu culpa, ni tus hijos ni yo podemos ir por la calle con la cabeza levantada. ¡Porque eres un mal esposo y un mal padre!

—¡Y un estúpido!

San Job Ibáñez existe. No le queda más consuelo que Dios. Es un santo.

La que había sido una chica monísima era Santa Jobita, y hay que ver ahora lo destrozada que estaba la pobre con la tuberculosis que le estaba comiendo los dos pulmones. A morir a sus 23 años.

La verdad es que había salido del pueblo, para trabajar de empaquetadora en una fábrica. Luego, entre que ganaba poco y entre que mandaba a casa casi todo lo que ganaba, para que pudieran salir adelante los hermanillos pequeños, la cosa es que, trabajó mucho, comió poco, y para cuando quiso ir al médico ya no había nada que hacer.

Lo que la gente no sabe es que ella tuvo muchas proposiciones de ganar un dinero mucho más fácil...

No, ella no había aceptado.

Y, ahora, en su lecho de enferma, ya en el pueblo, la pobre Santa Jobita se había enterado de que, dos de sus antiguas amigas del pueblo, la Sofarines y Elisa Faz, andaban corriendo la especie de que

su enfermedad no es sino consecuencia de la vida arrastrada que había llevado en la ciudad. Que lo de camarera del restaurante no era sino una tapadera. Que lo que tenía ahora encima le estaba bien merecido. Que era castigo de Dios... y otras cosas que no vamos a poner aquí.

Y Santa Jobita llora en la cama y, entre lágrimas, pide a Dios que las perdone.

Porque Santa Jobita es una santa que existe de veras. Una santa del Nuevo Testamento.

El Reverendo Padre San Job, párroco de Villahús, tiene una papeleta de miedo.

Acaba de llegar al pueblo y se encuentra con que allí a nadie le importa mucho ni la religión, ni la Iglesia, ni los curas, ni Dios.

Villahús ha pasado una porción de años sin cura, y allí el materialismo de la vida lo ha arrasado todo.

En Villahús los niños no saben rezar y los grandes no saben morir.

En Villahús la juventud no piensa sino en divertirse como sea, y la madurez no piensa sino en ganar dinero, también como sea.

El Reverendo don Job ha clamado al cielo y a la tierra. Le ha suplicado al Dios de su iglesia desierta y ha ido de casa en casa por el pueblo como si clamara en el desierto.

Para colmo de males, encima le han echado a él la culpa de todo. De hecho, ha venido uno de los más representativos del pueblo, el señor Elifaz, para decirle que, aquí, en el pueblo, él no tiene nada que hacer.

Y que, además, la culpa de todos los males del pueblo, la tienen él y los demás curas. Si hay pobres, si hay enfermos, si hay necesitados, es porque el clero no ha convencido a los ricos y al gobierno, para que den dinero. Total, en último término, culpa de los curas. Si encarece la vida, si hay injusticias sociales, culpa también de los curas, que todo el mundo sabe que son todopoderosos y no han puesto remedio.

Si la tormenta ha arrasado las mieses, culpa también de los curas... tal vez porque debieran haber rezado mejor, para que el pedrisco cayera en otro pueblo.

Y más cosas que le ha dicho a bocajarro el tío Elifaz.

Total, que allí se ha quedado el bueno de don Job, mirándose la sotana y viéndose revestido de todas las culpas de la humanidad y pidiéndole a Cristo que pase de él este cáliz, pero que él seguirá haciendo la voluntad de Dios y tratando de salvar a los que pueda.

Otro santo: San Job, párroco de Villahús.

María Cleofé



Mis amadísimas en Cristo, señoras del Ropero, señoras de la Cofradía, señoras de las Conferencias, señoras de la Misa de ocho y señoras del Rosario de las siete y media:

He aquí a Santa María Cleofé. «Vuestra» Santa María Cleofé.

Cuatro hijos. Marido. Ropa que lavar. Preparar el desayuno. Preparar la comida. Preparar la cena. La compra. Los precios que están imposibles. Alguna bronca de Cleofás (el marido). La de ropa que destrozan estos hijos. La metementodo de la vecina de enfrente. Sin aspiradora (¡tiempos aquéllos!). Un hijo que se pone enfermo. La plancha. Otra vez lentejas. Se acaba el dinero del mes. María, esto. María, aquello. Madre, me duele, aquí. Madre, la merienda. Madre, se me ha roto la túnica...

...Y, con todo esto y con mucho más..., Cleofé una santa. Santa María Cleofé.

Nadie más indicado que ustedes, mis amadísimas en Cristo señoras, para calibrar la santidad de María Cleofé.

Resumen de la primera parte:

Para ser santa hay que meterse monja. Mentira.

No se puede ser santa, cuando hay que preocuparse de los hijos, del marido, de la casa... Mentira.

Que si era hermana de la Virgen, que si era prima. No, señor. Estos comentaristas bíblicos se arman verdaderos líos cuando tratan estos asuntos. No saben seguir la pista a las parentelas. Al fin y al cabo, hombres.

Creo que ustedes, señoras, podrán seguir mucho más fácilmente todos los hilos de la parentela de María Cleofé. Más entrenamiento. Vamos con ella.

Primero los hijos. Cuatro hijos de primerísima talla. Para que luego digan por ahí que María Cleofé no fue más que una de las «beatas» que seguían a Cristo.

¡«Beatas»... «beatas»! Ya salió la dichosa palabra. La palabra con la que despreciamos a ciertas personas y nos llenamos la boca, nosotros, los catolicotes modernos, engreídos y majaderotes.

Sí, mis amadísimas señoras del Roperero, señoras de la Cofradía, señoras de las Conferencias, señoras de la Misa de ocho y señoras del Rosario de las siete y media.

Que nos conceda Dios «beatas» como María Cleofé, que tienen tiempo en la vida para seguir de veras a Cristo, y para rezar por toda la Iglesia y para gobernar bien su casa, y para criar y sacar adelante y educar a cuatro muchachos estupendos que luego fueron columnas de la Iglesia de Cristo.

Y como María Cleofé, otras que me callo.

Hablábamos de los hijos. Cuatro: Santiago, Judas Tadeo, Simeón y José.

Los dos primeros, apóstoles. Simeón, segundo Obispo de Jerusalén. José, discípulo de Cristo, de los buenos.

Casada con Cleofás, al que algunos llamaban Alfeo. Para mí Cleofás suena mejor. Estoy seguro que ella no le llamaba Alfeo.

Cleofás, buen cristiano y buen marido. Buen hombre (tendría sus cosillas, pero quién no las tiene).

Algunos creen que este Cleofás es el mismo que el día de la resurrección iba con el otro, escapando de Jerusalén hacia Emaús y diciendo que la situación se estaba poniendo fea, que si las «beatas» habían estado viendo visiones, pero que quién se puede fiar de las «beatas»... y todo eso.

Un poco calzonazos, este Cleofás.

Pues bien, de este Cleofás viene el asunto de la parentela. No es que María Cleofé fuese ni prima ni hermana de la Virgen. Resulta que este Cleofás es el que era hermano, o por lo menos primo, de José de Nazaret. Muchos creen que hermano. Por tanto, la Virgen y Cleofás, cuñados; y la Virgen y María Cleofé, concuñadas. Y de aquí que María Cleofé era tía política de Jesús.

Lógico, por tanto, el suponer que Jesús, desde niño, llamara a nuestra santa, la tía María. Y que la tía María fuese la preferida de entre todos los demás parientes, podemos deducir fácilmente del Evangelio, que nos dice que Jesús tuvo unos parientes

que quisieron impedir su obra, que creyeron que iba a traer complicaciones y deshonra a la familia, y que dijeron que estaba loco.

Todos, menos la tía María.

La tía María que, primero, habría tenido en brazos y habría besado y habría traído regalitos al Niño Jesús; después habría creído en su palabra contra todo el parecer de la parentela, y por fin, le había acompañado hasta la cruz, pasando a través de soldados, sayones, fariseos y romanos.

Ahí las tenéis, en la hora de la verdad, al pie de la cruz de Cristo, tres «beatas»: la Virgen, la Magdalena y María Cleofé.

¿Dónde estaban los cristianos fuertotes y viriles? ¿Dónde se habían dejado su cristianismo auténtico, técnico, esencial?

Les faltó algo tan esencial como la valentía que da el amor y la fuerza que da la oración. En el huerto «no pudieron orar una hora con Cristo». Falta de entrenamiento en el que les llevaban mucha ventaja las «beatas» que habían orado y pudieron llegar hasta la cruz.

Mientras tanto, los cristianos de vanguardia (con alguna honrosa excepción), con más miedo que ni sé. Dios sabe dónde se habría metido aquella tarde el bueno de Cleofás...

Si el día de hoy, mis amadísimas señoras de la Cofradía, señoras de la Novena, señoras del Roper, señoras del Rosario de las siete y media y señoras de la Junta, si el día de hoy, Cristo fuera otra vez crucificado por todo el pueblo en la plaza mayor, es fácil que, dando la cara por Cristo, hubiera algunos

cristianos de vanguardia (porque hay entre ellos gente estupenda); pero también estoy seguro de que, jugándose la vida por El, habría una buena porción de las que yo me sé y me callo por segunda vez.

Lo bueno vino el domingo siguiente. Allá van de mañanita al sepulcro María Cleofé y las otras con sus lienzos, sus prisas, sus vendas, sus perfumes y sus afa-nes. Y los ángeles les dicen suavemente que son unas despistadillas..., que no es por ahí, que se equivocan con todo ese folklore de cosas y trapillos y perfumes, porque Cristo no está exactamente como ellas pensaban. Cristo ha resucitado.

Otra vez las beatillas un poco despistadas. Las beatillas de todos los tiempos: llevando en sus devociones a Cristo algunas cosas inútiles y algunos gestos descaminados.

Las beatillas de siempre, equivocándose.

Pero equivocándose poco.

Equivocándose en el gesto, pero acertando en el amor. Porque resulta que el Arbitro de los aciertos se les aparece a nuestra María Cleofé y a las otras, antes que a los cristianos esenciales que se han encerrado con llave. Como que Cristo, para aparecérselos tendrá que atravesar las paredes. Pero tendrán que esperar hasta la noche. Mientras tanto, aquella mañana se aparece a las beatillas, como queriendo darnos a entender que ellas nos llevan a nosotros varias horas en la clasificación general.

Lo bonito es que se les aparece cuando todavía tienen en sus manos los perfumes, los lienzos, los velos y los trapillos, es decir, todo el folklore sacro de su despiste.

Y allá van, María Cleofé y las otras, corriendo como locas a decir a los Apóstoles que han visto a Cristo resucitado.

Los «cristianos de pro» no estaban para recibir lecciones de cristianismo de unas beatillas. Uno dijo: «tonterías de mujeres». Otro: «visiones de histéricas». El mismo calzonazos de Cleofás andaría por allí, diciendo a los demás acerca de su mujer: «Ni caso... Si la conoceré yo a ésta, cuando se pone a inventar cosas...». Y se oiría muchas veces la palabra «beatas». Y ellos, que no y que no.

Un poco groseros, estos discípulos.

Por lo menos, poco galantes y considerados con las señoras. Y, desde luego, equivocados de medio a medio.

Y con esto, no quero decir que las beatillas de todos los tiempos no se equivoquen. Sí, señoras mías; todos nos equivocamos. Pero lo estupendo es que Cristo se nos aparece luego a todos.

Voy a terminar esta plática, señoras de la Misa de ocho, señoras del Rosario de las siete y media, señora de las Conferencias, señoras del Roperio y señoras de la Cofradía.

He dicho que voy a terminar, y voy a terminar.

Pero no sin antes ponerme a sospechar qué pasaría si Cristo volviera a resucitar hoy aquí, entre nosotros. Pasaría lo mismo que entonces:

Yo creo que de mañanita se aparecería a algunas que yo me sé y me callo ya por tercera vez.

Al anochecer empezaría a aparecerse a los Obispos.

Y a nosotros, a los cristianos varoniles, esenciales y fuertotes, se nos aparecería después de varios días,

y después de habernos hecho sudar de lo lindo, haciéndonos subir a pie a un monte muy alto.

Para eso somos cristianos varoniles y fuertotes.

Que santa María Cleofé, con el enchufe estupendo que tiene que tener allí arriba, como santa de primera fila, tía de Nuestro Señor, cuñada de San José y con-cuñada de la Virgen María, nos conceda la felicidad que a todas les deseo. Así sea.

Querido San José:



Tú no lo sabías entonces, San José. No sabías que ese primero de mayo, el de las banderas rojas y los mitines destemplados, el de los puños cerrados y los gritos de odio..., ese primero de mayo iba a ser tuyo.

No sabías que tú, con esa sierra y esos clavos en las manos, ibas a ser el Patrono de la Fiesta del Trabajo. Tú ibas a encabezar esa manifestación gloriosa de los hombres y las mujeres que trabajan; el desfile de los que construyen, conservan y mejoran el mundo; el desfile de los que tienen razón para pedir:

habitación digna de seres humanos,
alimento y vestido dignos de seres humanos,
seguridad digna de seres humanos,
alegría digna de seres humanos.

Tú sabes, San José, los problemas de los trabajadores, sobre todo, de los más pobres. Tú tuviste, por ejemplo, tu problema de la vivienda; tuviste que ir a Belén con María, tu esposa; y como no tenías dinero, no tenías con qué pagar el alquiler de un piso. Estabas en la calle en la peor ocasión de tu vida: cuando María tenía que dar a luz.

¿No es verdad, San José, que es estupendo el que

Dios haya escogido para nacer el momento en que su Madre es la esposa de un obrero sin vivienda? Dinos, San José, ¿qué sentías aquellos días, aquella noche primera de Belén, cuando se te cerraban las puertas?:

—Aquí no puede ser; vea usted tal sitio...

—Usted verá, no puedo darle más barato...

—No señor, ni un rincón; ya estoy harto de holgazanes...

Cansancio en los pies, San José, de tanto recorrer puertas; angustia en el alma por tu esposa, por el Niño... El problema de la vivienda, San José. Hoy, todos los buenos os recibiríamos muy a gusto a la Virgen y a ti en nuestras casas, ¡no faltaba más!

Pero... entiéndase bien: siempre y cuando estuviéramos seguros de que érais la Virgen y San José; porque... a otros pobres cualesquiera no les hubiéramos abierto; desde luego que no.

En Belén tampoco sabían que érais la Virgen y San José.

Somos iguales que los de Belén.

También te pasó otra cosa, San José obrero; ocurrió que, en cierta circunstancia, tuviste que huir lejos de tu tierra; ya sabemos que tu huías por motivos especiales: por el Niño, por lo de Herodes; pero, para el caso, es lo mismo. Hoy muchos trabajadores tienen que huir, porque su tierra no da para vivir dignamente; huyen hacia las ciudades en busca de trabajo, huyen con sus esposas, con sus niños, con sus maletas, sus bultos, sus mantas...

San José, también tú tienes alguna experiencia de todo esto; llegó una noche en la que tuviste que improvisar un viaje hasta Egipto: con María, con el

Niño, con los bultos, las ropas, la comida para el camino. Por fin, después de un viaje largo llegasteis a Egipto. Y ahora ¿qué?. Ahora, lo de los inmigrantes que van llegando a las ciudades: ahora el problema de la vivienda y el de encontrar trabajo.

Eras un obrero... un obrero en apuros. Un obrero parado.

San José recorriendo puertas, contratistas, oficinas:

—Vuelva usted la semana que viene; es fácil que haya algo para usted.

—Deme usted su nombre, ya veremos...

Los ahorrillos de un obrero inmigrante se acaban pronto.

María, tu esposa, tenía que ir a la tienda y... tiene que decir que se lo anoten para la próxima ocasión.

—Lo siento; no podemos fiarle.

—¿Por qué no dices a tu marido que trabaje?

Por fin llega un día en que todo se arregla. Te llegó un día extraordinariamente feliz: el día en que Jesús comienza a trabajar lo mismo que tú. El día en que tú, San José obrero, te das cuenta de que el mismo Dios es un obrero.

Dios es un obrero, San José.

La Virgen es la esposa de un obrero: tu esposa.

La Sagrada Familia es la familia de un obrero: la tuya:

Adios, San José. Ruega por los que trabajan, para que todos vivan una vida digna de hombres.

Ruega por los que pueden trabajar y no trabajan, porque no viven una vida digna de hombres.

Saludos a tu Señora y al Niño.

¿Qué sabe usted
acerca de San Cristóbal?



No me extrañaría nada el saber que usted es devoto (o devota) de San Cristóbal. Cualquier automovilista de sentido común lo es. Si no le tiene usted devoción especial, por lo menos es muy probable que más de una vez, al comenzar un viaje, le haya rezado un Padrenuestro con la invocación «San Cristóbal, rogad por nosotros».

Ahora bien; de lo que no estaría yo tan seguro es de que usted tenga ideas claras acerca de quién fue el glorioso San Cristóbal. Corren por ahí muchas afirmaciones acerca del santo; unas verdaderas, otras confusas, otras absolutamente disparatadas.

*Afirmaciones que corren por ahí
acerca de San Cristóbal*

A) Que era un gigante. Los relatos varían bastante en cuanto a su estatura. Unos le conceden siete pies, otros hasta cinco metros. Entre las muchas reliquias que se enseñan por ahí de San Cristóbal, hay quien relata haber visto una mandíbula del santo que pesaba trece libras.

B) Que se dedicaba a transportar personas al otro lado del río.

C) Que tenía cabeza de perro; y, cuando se convirtió al cristianismo, milagrosamente, su cabeza se convirtió en cabeza humana.

D) Que venció a una serpiente monstruosa que tenía aterrizados a todos los habitantes de la comarca.

E) Que todos los que ven por la mañana una imagen de San Cristóbal, no morirán repentinamente en ese día.

F) Que llevó a cuestas al Niño Jesús, a través del río. Y que el Niño pesaba muchísimo y San Cristóbal apenas podía con El.

Advertencia.—No lea usted este artículo todo seguido; lea usted primero la *afirmación A)*; piense a ver si usted está conforme con ella, según la idea que usted tenía formada de San Cristóbal, y después lea la *respuesta A)*, par ver si ha acertado. Mientras lee la *respuesta A)*, no lea de reojo la *respuesta B)*, porque así, cualquiera. Después, haga lo mismo con la *afirmación B)*, etc.

Advertencia especial para las Comunidades religiosas en las que se lea este libro en el refectorio.

Hermana lectora: No lea su caridad todo este artículo seguidito. Lea primero la *afirmación A)*; haga una pequeña pausa, para que las Madres y Hermanas piensen un poco si será cierto o no lo que allí se dice del glorioso San Cristóbal; y luego pase a las *respuestas*, y lea la *respuesta A)*. Después lea su caridad, de la misma manera, la *afirmación B)*, y así con las demás. Que Dios se lo pague, Hermana lectora.

Dos respuestas acertadas: tiene usted, pero mucha idea. Tres respuestas acertadas: es usted un caso. Cuatro respuestas acertadas: sencillamente genial. Todas las respuestas acertadas: sabe usted de San Cristóbal muchísimo más de lo que sabe el mismo San Cristóbal.

Respuestas correctas a las afirmaciones acerca de San Cristóbal

A) *Cierto.* Claro que San Cristóbal fue un gigante. Fue un santo en vida, y luego dio su vida por Cristo en el martirio; y a eso le llamo yo tener «estatura». ¿Qué nos importa saber cuántos centímetros medía el santo? Esto, al único que le podía importar era al sastre de San Cristóbal.

Por lo demás, a los santos se les mide por el alma. Y aquí, todos ellos son descomunales. Y san Cristóbal también.

Hace muy bien el pueblo cristiano en fabricar imágenes gigantes de San Cristóbal. Tiene razón, porque fue un gran tipo. Y lo mismo debiera hacer el pueblo cristiano con las imágenes de Santa María Goretti y Santa Teresita del Niño Jesús. También ellas fueron gigantescas, como todos los santos.

Para que se vea la diferencia entre ellos y nosotros, que somos unos enanos birrias, insignificantes y canijos.

B) *Inexacto.* Que no se me enfaden los del ramo del transporte, que tienen por Patrono a nuestro

santo. No les voy a dejar sin Patrono. Al contrario. San Cristóbal fue un «transportista» y un «conductor» de primera. Lo único que, en lugar de transportar gente de una a otra orilla de un río, lo que hizo fue conducir rápida, prudente y habilísimamente a muchos, del pecado a la salvación eterna.

Transportó de Satanás a Cristo, a pueblos enteros; condujo de la maldad a la salvación a sus propios guardas, carceleros y verdugos.

Nadie le desvió de su ruta. Fue el hombre de la amabilidad, de la cortesía y de la bondad, que son virtudes que cada vez están caracterizando más a sus protegidos: los hombres del volante.

C) *Falso*. San Cristóbal nunca tuvo cara de perro, y los automobilistas que he conocido, tampoco la tienen. San Cristóbal tuvo rostro y hechos apacibles y educados, y los automovilistas que yo he conocido también los tienen. San Cristóbal nunca ladró a los demás; y, si hay algún automovilista de esos que ladran desde la ventanilla a los demás, hay que reconocer que esos no son de la casta legítima de San Cristóbal.

D) *Cierto*. Por mucho que lo nieguen los historiadores críticos, que siempre vienen diciendo que la serpiente de San Cristóbal, el dragón de San Jorge, y todos esos monstruos, son leyendas.

Estos santos, y todos los demás, se las tuvieron que ver siempre con la gran serpiente y con el temible dragón que es siempre el mismo: Satanás. ¿Es que esos señores historiadores no saben teología? ¿No saben que, ya desde el principio del mundo, los pobres seres humanos tenemos que luchar contra esa serpiente

monstruosa? Cuando San Cristóbal convirtió a la fe a millares de paganos, ¿qué hizo sino libertarlos del poder de la monstruosa serpiente?

E) *Falso y, además, supersticioso*. No es mirar una imagen de San Cristóbal lo que salva. Lo que hay que hacer es imitar a San Cristóbal, y luego dejar a la providencia de Dios nuestra vida y nuestra muerte.

F) *Absolutamente cierto*. Cristóbal llevó a Cristo consigo, no solamente a través de un río, sino durante toda su vida. Y no solamente San Cristóbal; tú y yo, y todos los hombres, mientras estamos en gracia de Dios, llevamos en nuestra alma al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Lo que pasa es que nuestro santo lo hizo con mucho más garbo que nosotros. Por eso le llamaron Cristóbal que quiere decir: portador de Cristo.

Dice la leyenda que el Niño Jesús le pesó mucho a San Cristóbal. Eso ya no es tan cierto. Llevar a Cristo en nuestras almas durante toda nuestra vida, no es una carga, sino un alivio y una profunda alegría. Ahí la leyenda de San Cristóbal ha estado un poco despistadilla. Es al revés: Cristo mismo nos ha dicho que «vayamos a El todos los que estamos agobiados por trabajos y cargas, que El nos aliviará».

Cristo no es carga. El mismo nos ha dicho: «Mi yugo es suave y mi carga ligera».

Y esto va también para vosotros, los automovilistas: Vuestro Patrono, San Cristóbal, os invita a ser como él, portadores de Cristo en vuestros vehículos; que vuestras rutas sean siempre las rutas del bien.

Y, sobre todo, portadores de Cristo en vuestras almas. Porque vuestras almas valen mucho más que vuestros automóviles.

San Matías,
el apóstol «reserva»



Apóstol Matías.

Tan Apóstol como Juan, como Mateo, Como Natanael, como los dos Santiagos.

Pero..., ante la galería, apareciendo como un Apóstol de segunda línea, como el Apóstol de repuesto, el que viene a tapar agujeros, el «reserva»...

No está en las listas de los Evangelios. No está en las alineaciones del equipo de las «viejas glorias». Le alinean en última instancia, para cubrir el puesto del traidor. Y salta al campo después de los demás.

¡Animo, Matías!

Y Matías, el Apóstol de la humildad, sale a luchar con la misma bravura que los demás, y se parte el pecho por Cristo como cualquiera de los mejores, porque a Matías, para ser un Apóstol de ley, no le hace falta salir en la prensa, ni en las crónicas de los Evangelistas; sólo le hace falta saber que Dios le ha escogido por Apóstol, aunque no haya sido a la hora de prima, ni a la de tercia, ni a la de sexta, ni a la de nona, sino sólo a la de undécima...

A Matías no le hace falta publicidad de ninguna clase, sino sólo la voluntad de Cristo, porque Matías es un bravo y es un leal y es un duro...

¡Duro, Matías!

Porque, Matías, para ser nombrado Apóstol, no tiene la satisfacción de recibir de labios de Cristo el solemne mandato de: *Sígueme, o Yo te haré pescador de hombres.*

Nada. Cristo ya ha subido a los cielos, y son los demás Apóstoles, los que organizan una votación, en la que además, él no es el único candidato. Total, que la cosa acaba echándose a suertes...

Todo, terriblemente más prosaico que aquellas llamadas solemnes y personales de Cristo a los demás Apóstoles.

Pero Matías sabe que ésta es una señal mucho más humilde, pero tan verdadera como las otras, de que ha sido elegido auténtico Apóstol por voluntad del mismo Cristo. Y Matías no protesta, ni hace reclamaciones, ni se siente ofendido ni postergado, sino que se lanza a su apostolado como un bravo.

¡Bravo, Matías!

Y Matías, en todos los relatos del Nuevo Testamento, sólo aparece en una ocasión, justamente para que nos enteremos de que existió y de que fue Apóstol, siendo así que hay otros Titos y Timoteos y Apolos cuyas hazañas apostólicas se narran allí, y que no son de la categoría suprema de Apóstol que era Matías.

Después, en la historia de la Iglesia, pasa lo mismo. Matías, el bravo y estupendo Apóstol Matías, pasa a la sombra. En la lista de Apóstoles del Canon de la Misa, están todos... menos Matías. Poco después, en el mismo Canon, aparece Matías, pero es en otra lista secundaria de «buena gente» y, por cierto, detrás de Esteban, que no fue más que diácono.

¡Ni caso, Matías!

No. Matías es más santo y más humilde que para armarse un lío por eso. A Matías, Cristo le escogió como verdadero Apóstol, pero le escogió para ser ese héroe desconocido, que después se va a repetir tantas veces en la historia del mundo.

Matías, el gran Patrono de esa serie de personajes magníficos que han hecho las cosas más maravillosas y nadie, fuera de Dios, se ha enterado de que las han hecho. Personajes que están moviendo tanta pieza oculta imprescindible, personajes que, como Matías, están, desde la sombra, sosteniendo tantas estructuras fundamentales con su esfuerzo y con su firmeza.

¡Firme, Matías!

*San Matías, Patrono de los
héroes desconocidos*

Patrono de los secretarios y de los administradores que son los que no han firmado las cartas, pero son los que las han escrito, que son los que han manejado millares de fichas y de expedientes y de carpetas, pero no eran de la Junta de Honor, ni les van a dar la Medalla de la Provincia.

Patrono, San Matías, de ese clásico «segundo de a bordo» que, lo mismo en alta mar que tierra adentro, es el que, en realidad, tiene que apechugar siempre con todo el lío y con todo el trabajo... y también con toda la culpa.

Patrono de «Sor Dispuesta-para-todo», que es esa hermanita lega que no suele aparecer entre el Cuadro de Profesoras (en la página tercera de ese precioso anuario que saca el Colegio todos los años); pero que

realiza tantas cosas oscuras, humildes e imprescindibles para que pueda funcionar la complicada máquina del Colegio.

San Matías, el Apóstol «reserva», Patrono indiscutible de todos los «Vices», los «Subs» y los «Adjuntos». De los que no suelen ir a los congresos y a los banquetazos, pero tantas veces son los que preparan los formidables discursos que el jefe va a declamar en ellos.

Patrono también de la «tía Conchi», que es una figura de segundo orden en casa, donde la autoridad está en los padres y las preferencias son para los niños; pero donde «tía Conchi» es, tantas veces, la que cose y zurce que es un primor, la que se da tanta maña en la cocina y la que toma las lecciones a los niños.

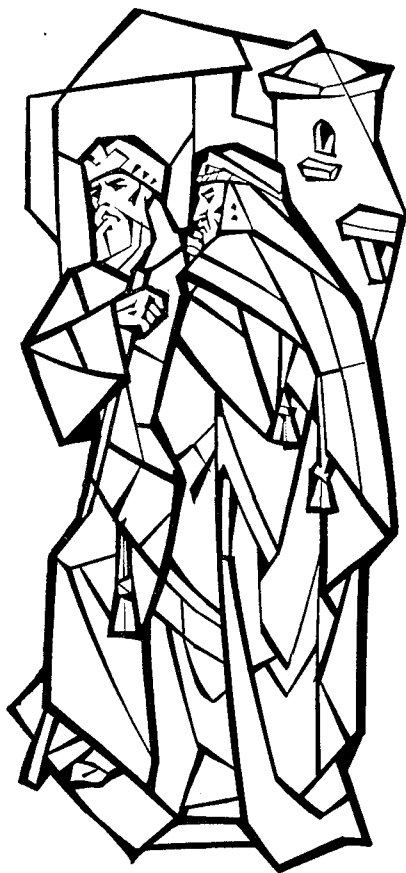
Patrono, San Matías, Patrono estupendo de una serie muy grande de gente estupenda que anda hoy por el mundo haciendo montones de cosas útiles y buenas, y nadie se da cuenta de ello.

De esa gente magnífica, gracias a la cual podemos vivir y tener alegría y... hasta salvar nuestra alma por toda la eternidad... pero, no los mencionamos en la prensa, no les hacemos un homenaje... ni siquiera les damos las gracias...

Sólo San Matías los tiene bien escritos en su libreta de héroes desconocidos...

...Y Dios, también. Dios que, ni un sólo vaso de agua va a dejar sin recompensa.

El valeroso
San José de Arimatea



Con todo respeto a San Andrés y a San Juan y a San Pedro, etc. Con todo respeto y sin hacer preferencias que, ya dice el Kempis que no andemos disputando sobre si este santo es más que otro, como si fueran ciclistas o futbolistas.

A lo que iba es a esto: que no es lo mismo seguir a Cristo cuando no se tiene más que un bote y unas redes, que seguirle cuando uno es rico y es noble y cuando lo más probable es que uno se juegue el cargo importantísimo que tenía en la sociedad, y sus abundantes posesiones, fincas, dividendos e ingresos,

Pónganse ustedes en el caso de José de Arimatea. Un hombre noble, rico, miembro del sanedrín (el club más selecto de Israel), etc.

Un hombre recto y justo, por otra parte, que un día oye a Cristo y su doctrina... y, como era un hombre sincero, se convence de que eso que decía Jesús de Nazaret era verdad y tenía razón...

Y José de Arimatea se dio cuenta de que tenía miedo; mucho miedo.

Miedo a las tremendas consecuencias de ser cristiano de veras. Miedo a cumplir el Evangelio por la cara y a fondo, porque esto le iba a costar, primero: dinero, mucho dinero (a los que tienen dinero el

cristianismo auténtico siempre les cuesta mucho dinero); después le iba a exigir defender a Cristo en público, y esto le podría costar su puesto en el sanedrín, sus privilegios de alternar en la alta sociedad de Israel, le iba a costar el venir a menos ...

Tenía miedo.

Empezó a ser discípulo de Cristo pero oculto; es decir: cristiano sin comprometerse; un cristiano de esos muchos que hay por ahí, que no juegan el cristianismo con todas sus cartas, de los que se guardan en la manga la carta de su dinero, de su comodidad, de su entrega, de su sacrificio.

Hay que hacerse cargo de la situación del pobre José.

Es que ser un gran personaje en este mundo y a la vez ser cristiano, es un lío..., un verdadero lío.

Y... tener mucho dinero y ser auténtico cristiano es otro lío imponente.

Sí... para San Andrés y para San Bartolomé fue muy sencillo aquello de seguir a Cristo, sin tener que dejar más que unos aparejos y unas herramientas de labor. Pero póngase usted en el caso del joven rico y en el del excelentísimo señor José de Arimatea, miembro del sanedrín de Israel.

José tenía un amigo íntimo que se llamaba Nicodemus y que se encontraba en la misma difícil situación: quería ser discípulo de Cristo y a la vez miembro del club aquel selecto de Israel (también Nicodemus era miembro del sanedrín).

Y Nicodemus y José le daban vueltas al asunto, muy preocupados. Por fin decidieron optar por la clásica y astuta solución intermedia. La clásica solución

de los cristianos conservadores; la de quedarse con los dos: con Cristo y con el mundo.

Ya está: Nicodemus y José decidieron estar de noche con Jesús y de día con Caifás.

¡Solución estupenda! La misma, misma solución que después se les habría de ocurrir a tantos cristianos baratos: el cristianismo «complexivo», una para mí y otra para Dios. Cuando estoy en la calle, «el negocio es el negocio», y cuando estoy en la Iglesia, «Padre nuestro que estás en los cielos...»

Pero la gracia de Dios lo puede todo; y así fue con el bueno de José.

Sí, señor. La gracia de Cristo pudo hacer casta a una Magdalena, pudo hacer bueno a un ladrón, y pudo hacer cristiano auténtico a un rico como José.

Porque no tiene razón el que dice que Dios no quiere nada con los ricos. Son tan hijos de Dios como los demás. La prueba es que también ha habido ricos y nobles que han sido santos. Job fue santo y era rico como el que más; Abrahán fue santo y Dios sólo sabe cuántos camellos y cuántas ovejas tenía Abrahán; Zaqueo era rico y Cristo le hizo buen cristiano a fuerza de hacerle soltar dinero.

José se convenció de que también él podía ser buen cristiano, pero que tendría que decidirse a vencer el miedo a perder sus privilegios.

Y se decidió. Pegó un puñetazo en su mesa de sethin (madera incorruptible) y salió para el sanedrín dando un tremendo portazo (la puerta era de cedro del Líbano).

En el sanedrín, Caifás y su manada de gente selecta estaban con lo de siempre: la obsesión de Jesús

de Nazaret. Que Jesús era un impostor; que Jesús era un peligro (para sus privilegios); que Jesús era un riesgo (para su bolsillo); que convenía que un hombre muriera por el pueblo («pueblo» es la palabrita que siempre se usa en estas ocasiones); que había que matar a Jesús.

—¡No estoy de acuerdo!

Esto lo dijo José dando un grito enorme, a la vez que se ponía de pie dando una gran patada en el entarimado, (que era de madera de palma de Cadés).

Consternación en los escaños. Los selectos del club no se esperaban tamaña osadía e independencia.

—Honorables José de Arimatea, ¿sabéis qué consecuencias puede acarrearos el ponerlos de parte de Jesús de Nazaret?

Esto lo dijo Caifás; y sus palabras sonaron suaves, resbaladizas.

—Claro que sé a lo que me expongo, venerable Caifás. Y, sabiéndolo, me pongo de parte de Jesús, y no estoy de acuerdo con vuestras decisiones criminales.

(¡Bravo, Nicodemus!)

Nicodemus, al decir esto, dio un puñetazo que por poco rompe el brazo de su sitial, que era de madera de sicómoro (higuera loca).

Los venerables miembros del club se pusieron de pie. Dos o tres que llevaban puesta la túnica de los días de labor, se la rasgaron teatralmente en un gran gesto de sacra indignación.

José de Arimatea y Nicodemus ya se la habían jugado. Se habían jugado el bloqueo de los fuertes; se habían jugado la vida cómoda y no comprometida que

llevaban hasta entonces; se habían jugado muy probablemente, el puesto en sociedad, quién sabe cuántos intereses creados y, muy probablemente, el carnet de socios del club más selecto de Israel: el sanhedrín.

José de Arimatea había comenzado, por fin, a ser cristiano de veras. Había comenzado a querer a Cristo más que a su posición, a su dinero, a su comodidad y a todas las otras cosas.

Lo de después ya no fueron más que consecuencias de ser cristiano así: a lo valiente. Ya, sin miedo a perder las cosas de este mundo, José podía ir al mismo Pilato a pedir el cuerpo de Jesús; podía presentarse, delante de todo el mundo, a bajar a Cristo de la cruz; podía enterrarle en su propio sepulcro.

José era ya un valiente. Si perdía su dinero, que lo perdiera; si perdía su puesto en el sanhedrín y en la sociedad, que lo perdiera.

También hay ricos y grandes señores que pueden ser cristianos y que lo son. Claro que sí.

Como San José de Arimatea.

Las cadenas de San Pedro



Fue Herodes el que puso a San Pedro en la cárcel y en cadenas. No era el mismo Herodes aquel de los Inocentes. Era otro Herodes.

Hubo muchos Herodes; antes y ahora: Herodes que matan inocentes, Herodes que cortan el cuello a Bautistas que dicen cosas desagradables, Herodes que persiguen a los apóstoles.

Pero sucedió que una noche, mientras San Pedro dormía muy tranquilo en la cárcel, se le aparece un ángel que rompe las cadenas del apóstol, le saca sin ser visto por entre todos los centinelas, y le deja libre en plena calle.

No era la primera vez que San Pedro había estado encadenado, y con cadenas mucho peores que éstas de hierro. Y de todas le había librado Dios.

Primeras cadenas: Las redes, el bote...

También Pedro, como todos los demás, para seguir a Cristo, se vio trabado por las cosas que poseía: sus propiedades, sus bienes. Tenía una embarcación, tenía unos aparejos de pesca; quién sabe si tendría alguna otra propiedad, alguna otra rentilla.

Todo esto encadena más que los eslabones de hierro. Allí quedaron, por Galilea, muchedumbre de personas muy honorables que no fueron apóstoles, ni tan siquiera cristianos, porque tenían redes y tenían bote y tenían propiedades...

Y claro: los negocios ocupan todo el hombre; que lo diga si no aquel muchacho rico que no pudo seguir a Cristo, porque hubiera tenido que liquidar sus propiedades dándoselas a los pobres.

«Antes es la obligación que la devoción», decían aquellas personas honorables de Galilea. (También en arameo la palabra «obligación» significaba, como en las lenguas modernas, «negocio».)

Y dejadas las redes, le siguieron. He aquí una mano de insensatos que prefirieron la devoción a la obligación: San Pedro, un hombre que abandonó su «obligación»; San Juan, otro hombre que abandonó su «obligación»; Santiago y San Andrés, etc., otros insensatos que se fueron con la devoción, dejando la «obligación»; San Mateo, el cobrador de contribuciones, el más insensato de todos, porque dejaba unas «obligaciones» de primera categoría.

Pedro, que no era tonto, ya vio eso que solemos ver nosotros, los listos: que con las redes y el bote podría sacar dinero para ayudar a extender el reino de Cristo. Mateo, el alcahalero, que tampoco era tonto, también pensó en el viejo truco de quedarse con su saneado negociete, so pretexto de que así podría subvencionar la campaña apostólica del Cristianismo.

No eran tontos Pedro ni Mateo..., pero se hicieron los tontos.

El que no se hizo el tonto fue el muchacho rico

que no dio sus bienes a los pobres, como le dijo Cristo, sino que se quedó con todo, para poder así, sin duda, subvencionar y ayudar más al reino de Dios...

San Pedro, en la cárcel de Jerusalén, se miraba las manos y los pies encadenados y se sonreía divertido:

—¡A mí con cadenas de hierro...!

Segundas cadenas: La Comodidad.

Vete atrás, Satanás.

Esta frase de Cristo se la ganó San Pedro. Probablemente una de las frases más duras de Cristo. A los escribas y fariseos les llamó hipócritas y hasta hijos del diablo, pero Satanás sólo le llamó una vez a Pedro, el futuro Papa.

¿Que había hecho Pedro? Sencillamente, tratar de disuadir a Cristo del sacrificio.

Pedro ya tenía pensado, antes que nosotros, un cristianismo cómodo, templado y suavecito. Pedro ya tenía calculado un cristianismo sin cruz, y el día en que Cristo comenzó a hablar de lo que iba a padecer, Pedro, que ya había inventado antes que nosotros el catolicismo de celofán, comenzó a disuadir a Cristo de aquellas ideas de sufrimiento, abnegación, cruz y muerte.

Pedro le iba insinuando a Cristo este cristianismo cómodo, arreglado y consolador...

¡Vete atrás, Satanás!

Gran susto el de Pedro. Pero no mucho. Los sustos pasan pronto, pero las cadenas de la comodidad

no se suelen romper por un susto, aunque éste sea un susto sagrado:

el susto sagrado de una santa misión,
el susto sagrado de unos santos ejercicios,
el susto sagrado de ver una muerte repentina...

Es que las cadenas de la comodidad cristiana no son de hierro, como las cadenas de Herodes; si fueran de hierro se romperían. Las cadenas de la comodidad son elásticas; cuando viene el susto sagrado, ceden; pasado el susto, vuelven a apretar...

Lo que le pasó a San Pedro. A los seis días de haber sido llamado Satanás, por Cristo, ocurrió el prodigio de la Transfiguración. A Pedro esto de la Transfiguración le gustó mucho más que lo del sufrimiento y la cruz, y, muy satisfecho, le dijo a Cristo:

Maestro, aquí se está estupendamente; vamos a hacer tres tiendas de campaña.

Gran idea la de San Pedro: establecerse allí donde el catolicismo es más brillante, más bonito y más confortable.

El catolicismo de rechupete.

Pedro, que ya hemos dicho que no era tonto, dijo que las tiendas de campaña habrían de hacerse para Cristo, para Moisés y para Elías. No se destinó ninguna tienda de campaña para él.

No hacía falta; ya sabía que él podría después entrar en la tienda de Cristo y allí vivir cómodamente.

La tienda de Cristo..., esa lona sagrada con la que tantas veces cubrimos nuestro catolicismo confortable.

San Pedro, en la cárcel de Jerusalén, mirando sus cadenas:

—¡A mí con cadenitas de hierro...! ¡Je!

Terceras cadenas: El Cuento.

Pedro, para no ser menos que algunos de nosotros, se había echado ya una buena fachada de cristiano.

Ciertamente que tenía sus buenos motivos: Cristo le había dicho que sería la piedra fundamental del Cristianismo, que le daría las llaves del reino de los cielos...

Motivos sí que tenía Pedro..., pero también cuento. Pedro iba cayendo encadenado por el cuento; por esa epidemia católica que nos hace creernos mucho más católicos de lo que realmente somos; cuando nos decimos a nosotros mismos:

el católico a machamartillo,
la ferviente católica,
el católico de solera...

Aunque todos se escandalizaren, yo no te negaré.

Aquí cayó Pedro, víctima del cuento: el supercatólico, el que es más católico que todos los demás. Un tipo muy repetido en la historia.

Las estocadas contra Malco no fueron sino un cuento más. Pedro acababa de ver que, a una voz de Cristo, caían todos los soldados de espaldas, y ahora se hacía el valiente, creyendo que Cristo le defendería.

¿Por qué no sacó la espada cuando después, le preguntaron si era discípulo de Cristo?

El cuento: la gran cadena que tantos de los buenos llevamos en las manos, en los pies y en el corazón.

San Pedro, preso, mirándose sus cadenas:

—¡A mí con cadenitas de hierro...!

Santa
«Gente de la calle»



Doña Nita vivía en el cuarto izquierda. Era una ancianita menuda y arregladita; pero todavía ágil, para sus años. Tal vez conservaba su agilidad porque no tenía más remedio que conservarla. Doña Nita vivía sóla; quedó sin familiares en este mundo desde que se le murió su difunto esposo, que en gloria esté.

No, claro, tampoco tenía chica de servir porque, en fin, su marido, al irse de este mundo, apenas le había dejado más que el piso donde ahora vivía y una pensión muy justita, de la que ahora vivía haciendo milagros.

Todos los vecinos conocían muy bien a doña Nita; todos la habían visto bajar las escaleras con su mantilla o con su bolso de la compra; y todos habían coincidido con ella en el ascensor.

—Hermoso día, doña Nita.

—Un poco fresquito.

Luego era la chica del tercero que esperaba en el portal a su novio:

—Buenas tardes, doña Nita.

—Adiós.

Un «adiós» un poco seco. Doña Nita tenía sus propias ideas acerca de la juventud de hoy en

día, de sus costumbres, de su vestir y todo eso. Ella había sido siempre de un carácter benévolo y excelente; pero eso de ir quedando sola en el mundo, eso de sentirse retroceder hacia los últimos años de la vida, mientras la vida joven avanza en sentido contrario..., todo eso es, terriblemente duro.

Otra que no fuera doña Nita, se hubiera ido haciendo enemiga sistemática del mundo: hubiera visto que la juventud va de mal en peor, que los precios se están poniendo imposibles, que las costumbres y las modas caminan hacia la perdición, que todo está muchísimo peor que en su tiempo, que las gentes de hoy en día son malas, malas, malas...

Eso, otra que no fuera doña Nita.

Pero, doña Nita también, un poco... Hasta el día en que perdió el billete de quinientas pesetas.

«Ha tenido que ser en el ascensor», pensó ella. Y se acordaba de que tenía la bolsa de la compra en una mano y el monedero un poco abierto en la otra, y que, al dar al botón, se había inclinado un poco el monedero...

¡Buena estaba ella, para perder quinientas pesetas! No creyó en el resultado de lo que iba a hacer; pero tenía que hacerlo. Se levantó muy temprano por la mañanita y prendió con una chincheta en el interior del ascensor un papel que decía: «Si alguien ha encontrado en este ascensor un billete de quinientas pesetas, tenga la bondad de comunicarse con la señora del cuarto izquierda. Muchas gracias».

Doña Nita no creía que la gente de hoy era tan buena como para devolver un billete de quinientas pesetas; pero, fue a la iglesia, con la esperanza de que tal vez la Virgen y San Antonio bendito...

Hacia la una del mediodía, el señor del quinto derecha, que volvía a casa del almacén, llamó a la puerta de doña Nita.

—Buenos días; tiene usted suerte, doña Nita; afortunadamente, he encontrado yo esta mañana el billete que...

La pobre ancianita no le dejó terminar; le tomó de los brazos y rompió a llorar.

—Perdone... soy una tonta... ¿Sabe? Usted dice que encontró el billete; pero, también lo encontró la señora de al lado, y lo encontró la hija mayor del tercero, y el matrimonio del primero derecha y... y, hasta la sirventa del segundo izquierda... Pero, ¿sabe?, lo mejor de todo es que, antes de que todas esas estupendas gentes lo encontraran, ya lo había encontrado yo misma en el bolsillo del abrigo.

Cuando marchó el señor del quinto derecha, doña Nita aun seguía llorando como una tonta. Ella, que había creído que las gentes de hoy en día eran tan... tan qué sé yo...

Lo más bonito.

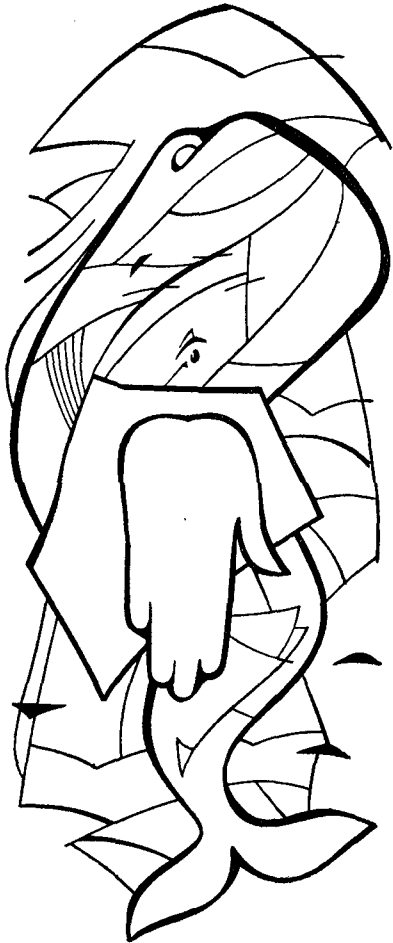
Lo más bonito es que todo esto no es un cuento original. Lo más bonito es que esto no lo ha inventado el que esto escribe, sino que es un hecho histórico.

Es lo que ocurre siempre: que las historias más bonitas son las que han acontecido en la realidad.

Es que, cuando los hombres se ponen a ello, no hay en este mundo cosa más hermosa que el corazón de los hombres.

Y que hay personas buenas y, hasta santas, entre la «gente de por ahí».

El dragón de San Jorge
y otros dragones



Nosotros, hasta ahora, siempre habíamos conocido un San Jorge con dragón.

Porque, ¿qué hacemos, si no, con un San Jorge militar romano, con armadura, casco, espada, caballo y lanza, si le quitamos un dragón con quien luchar y un dragón a quien vencer y matar?

Ahora vienen no sé qué historiadores muy críticos y muy todo eso, diciendo que no hubo dragón; que todo eso era leyenda.

¡Protesto!

En nombre de San Jorge, que fue un gran santo..., y también en nombre del dragón, que fue un gran animal.

Quieren rebajar al glorioso San Jorge quitándole el dragón, la lanza y el caballo, y dejándole como un peatón cualquiera de la corte celestial.

Dicen que es leyenda.

¿Qué sabrán ellos qué es verdad y qué es leyenda?

¿Qué sabrán ellos, si sus historias críticas y desnudas no estarán, muchas veces, mucho más lejos de la verdad? ¿Qué saben ellos, si algunas de las que llaman ellos leyendas, no están diciendo una verdad muy grande, una verdad tan grande que, no sólo ha ocurrido una vez sino que está ocurriendo

muchas veces, en muchos sitios y con muchas personas?

¡Claro que San Jorge tuvo dragón! ¡Y que mató al dragón...!

Era una ciudad feliz, allá por el siglo tercero. Sus habitantes vivían felices con sus casas, sus calles, sus jardines, sus niños y su sol.

Hasta que un día...

Del lago cercano a la ciudad salió un terrible dragón, vino hacia la ciudad, y se llevó a algunos de los habitantes que paseaban descuidados, los hundió en el lago y los devoró.

Y al día siguiente, otra vez lo mismo con otros habitantes; y al otro, y al otro...

El rey de la ciudad y su consejo decidieron entregar cada día dos ovejas al dragón para que se aplacara; pero no valió. El dragón quería víctimas humanas.

Entonces, para evitar que el dragón viniera todos los días a la ciudad y la destruyera y se llevara una media docena de habitantes diarios, el rey y su consejo decidieron entregar cada día al dragón una persona que fuese designada por la suerte.

Se echaron suertes, y el primer día cayó la suerte sobre la propia hija del rey.

Y al día siguiente la hija del rey (que, como sabéis, era la muchacha más bella de la ciudad) salió ataviada con sus mejores galas y preseas al encuentro del dragón.

El rey lloraba.

La reina lloraba.

Lloraban todos los habitantes de la ciudad.

Se estremecieron las aguas del lago, y salió el dragón en busca de su presa.

Pero he aquí que del Oriente surge la silueta esbelta de un militar romano, caballero en su alazán.

Era Jorge.

Jorge que como su nombre lo indica (pronúnciese fuerte), era un bravo, arremetió lanza en ristre contra el dragón, y lo dejó seco. Después, se apeó de su montura, tomó de la mano a la princesa e hizo su entrada en la ciudad entre una muchedumbre enardecida que voceaba por primera vez el grito que había de hacer célebres a los ingleses:

—¡Por San Jorge!

Aquella noche, en la ciudad, hubo fuegos artificiales y cerveza libre para todos. Pagó el rey.

Entonces, el rey dio a su hija por esposa...

¡No, señor! San Jorge no se casó con la hija del rey. Ya decíamos que esto no era un cuento ni una leyenda.

Cuando el rey le ofreció la mano de su hija, Jorge dijo que era para él un honor, y que estaba enormemente agradecido, pero que lo sentía mucho y que, por esta vez, no podía ser.

Hizo una inclinación profunda al rey, besó la mano de la reina, sonrió gentilmente a la princesa, montó en su caballo y desapareció por Occidente.

Después de muchos años se supo que había muerto mártir por Cristo, y que era Santo.

A los habitantes de la ciudad no les extrañó lo más mínimo.

¡Oh glorioso San Jorge!

Nosotros creemos firmemente que tú tuviste dragón, porque nosotros también tenemos unos terribles dragones que devoran a nuestro pueblo.

Nosotros no sabemos cómo se llamaba el dragón que tú mataste, pero te vamos a decir los nombres de algunos de nuestros dragones, para que nos digas cómo debemos luchar y matarlos.

Hay un dragón muy feo, que se llama: Placer. Vive en una charca muy sucia que está muy cerca de nuestro pueblo, y de allí sale todos los días y todas las noches, para meterse por todas las calles y todas las casas, y todos los salones y todas las plazas.

Nos come, San Jorge; nos come a puñados. Come a los viejos y come a los jóvenes; se empieza a comer a nuestros niños y niñas desde que tienen uso de razón.

Lo peor, San Jorge, es que este dragón, no viene vestido de escamas horribles y echando fuego por las narices. Este dragón viene vestido de formas bonitas, agradables. Este dragón, no solamente se mete en todos los rincones de la ciudad, sino que pone anuncios en la Prensa y carteleras en las paredes.

¡Ven otra vez, glorioso San Jorge, y enséñanos a luchar contra este dragón! Dinos cómo tú venciste a tu dragón, porque eras valiente, sacrificado, sobrio...; porque estabas entrenado, San Jorge, porque estabas entrenado a no hacer siempre lo que te viniera en gana: por eso tenías fuerza en tu lanza y en tu voluntad cuando te enfrentarte con el dragón.

Otro dragón que nos devora: se llama Dinero. Antes no era dragón; nosotros, los hombres, le hemos hecho dragón. Antes era un ser bueno que daba de comer a los hombres, les hacía casas, escuelas y hospitales...

Era un ser poderoso y bueno.

Pero los hombres quisieron llevárselo, cada uno para su casa, para que, en lugar de ser bueno para todos, fuera bueno sólo para aquel que consiguiera apoderarse de él y tenerlo para sí solo.

Y todos comenzaron a tirar de aquel ser grande y hermoso que se llamaba Dinero.

Y el Dinero se enfureció y comenzó a convertirse en un dragón cruel y despiadado. Comenzó a destrozarse el mundo y a los hombres. Hizo correr la sangre, hizo correr las lágrimas, hizo correr la vergüenza, desató todas las maldades.

Hizo que en el mundo los más tuvieran hambre y miseria, y los menos tuvieran egoísmo e impiedad. Dejó al mundo lleno de hambrientos y de injustos, de miserables y ladrones.

¡Claro que tuviste dragón, San Jorge! Porque nosotros también tenemos dragones.

¡Ven otra vez, San Jorge, con tu caballo y tu lanza, con tu armadura y tu santidad!

Para que nos enseñes cómo se lucha, y cómo se mata a los dragones.

Dos epístolas apócrifas
de San Pablo



Epístola del Apóstol San Pablo a los occidentales.

Pablo, Apóstol de Jesucristo, a los gloriosos y cristianísimos pueblos del bloque occidental.

Doy gracias a Dios omnipotente por la inmensa predilección con la que os ha elegido, llamándoos al cristianismo desde los primeros siglos de la Iglesia.

A vosotros, por misterio de las predilecciones divinas, entre todos los pueblos de la tierra, se os ha entregado aquella herencia del Altísimo de la que Israel se hizo indigno rechazando a Cristo y a su doctrina.

Vosotros, carísimos pueblos occidentales, poseéis uno de los pasados más gloriosos en la historia: vosotros habéis predicado el Evangelio por el mundo, habéis construido templos, habéis extendido la Iglesia.

Vosotros, también, habéis matado sarracenos que amenazaban la cristiandad; habéis conquistado tierras de infieles, unas veces para Cristo y otras para vuestro provecho; habéis colonizado tierras de negros, unas veces para hacerlos cristianos y otras para hacerlos esclavos; habéis hecho santas cruzadas a Jerusalén y otras veces habéis puesto la cruz en vuestros estandartes para luchar contra vuestros hermanos.

¿Os alabaré por todo esto? Por algunas de estas cosas creo que no os alabo.

Con mezcla de gozo y de temor, he observado el alto grado de civilización y progreso a que habéis llegado. Estoy maravillado por vuestra alta capacidad de producción, por vuestras gigantescas empresas, por el alto nivel de vida a que habéis llegado; porque tenéis aviones, universidades, frigoríficos y supermercados; porque tomáis ducha, hacéis quinielas de fútbol y tenéis pastillitas para el catarro, el dolor de muelas y el insomnio.

A todo esto se junta el hecho de que, además de poseer los bienes y las comodidades de este mundo, estáis persuadidos de que habéis sido y seguís siendo los elegidos de Dios. Así como los otros son los paganos, los comunistas, «los malos»; así vosotros estáis persuadidos de que sois los cristianos, los de derechas, «los buenos».

Lejos de vosotros, carísimos pueblos occidentales, el gloriaros vanamente con el cristianismo de vuestros padres y con vuestro actual estado de civilización. Ved, hermanos, que vuestra vocación de cristianos es la de gloriaros únicamente en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Oigo decir que muchos de vosotros vais suplantando al cristianismo por el capitalismo, a Cristo por el dinero. Oigo con tristeza que el hombre occidental no es ya el siervo de Cristo, sino el siervo del dinero.

Por el dinero, la fuerza y la civilización ya os habéis saturado de este mundo. Ya sois ricos; ya tenéis oro, petróleo, cohetes, bombas atómicas, televisión, automóviles y cinemascopio. Ya sois los amos del mun-

do. Ya os va pareciendo ridícula la doctrina de Cristo y la de los Apóstoles. Vosotros sois los modernos, nosotros los anticuados; nosotros los despistados, vosotros los que entendéis la vida; vosotros los elegantes, nosotros los ridículos; vosotros los enterados, nosotros los atontados; vosotros los poderosos, nosotros los peles; vosotros los listos que sabéis compaginar el cristianismo con el materialismo, nosotros, los Apóstoles, unos pobrecillos inexpertos e ignorantes, que creemos que el Evangelio sólo se puede practicar sufriendo, negándonos a nosotros mismos, perdonando y padeciendo persecución.

No os escribo estas cosas para insultaros, sino para avisaros como a hijos queridísimos míos. Porque, aunque tengáis muchos miles de maestros, científicos, universidades, doctores, laboratorios, sistemas filosóficos, productores de cine y críticos de fútbol, yo, Pablo de Tarso, soy quien os he engendrado en el auténtico Evangelio de Jesucristo, y estoy cierto de que tengo el verdadero espíritu de Dios.

La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Epístola del Apóstol San Pablo a los deportistas.

Pablo Apóstol, a los dilectos hijos atletas, futbolistas, esquiadores, ciclistas, nadadores y deportistas en el Señor.

Sea para vosotros la gracia y la paz de Dios Nuestro Padre y de Nuestro Señor Jesucristo.

Gracias sean dadas a Dios Padre, porque habéis puesto vuestros cuerpos y vuestros esfuerzos al ser-

vicio de la belleza y de la santa alegría, para que nuestros hermanos, después de sus trabajos diarios y semanales, tengan en vosotros un espectáculo limpio y una alegría santa en el Señor.

No quiero que ignoréis, carísimos hijos deportistas, que así como sois espectáculo para los hombres, también sois espectáculo para Dios y para sus ángeles. Solamente quiero advertiros que el mundo os aplaudirá, pero que tengáis presente que lo importante es que os aplauda Dios.

Porque, en último término, lo que os va a salvar no es tener la gracia de los hombres en la Prensa y en la fama, sino el tener la gracia de Dios en vuestras almas.

Porque, aunque hayáis batido todas las marcas deportivas, si no tenéis gracia santificante, de nada os servirá. Y aunque tengáis fuerza para lanzar pesos a grandes distancias, aunque metáis muchos goles, aunque subáis los primeros a las más altas montañas, si no tenéis gracia santificante, no sois nada. Y aunque hayáis ganado la copa, aunque hayas vestido el maillot amarillo, aunque hayáis conseguido subir a primera división, si no tenéis gracia santificante, nada de eso os servirá el último día.

No sin cierta preocupación, estoy informado por la Prensa y la publicidad de que sois, tal vez, los personajes a los que el mundo da más importancia. Mucho más que a los santos, a los científicos, a los políticos, a los estadistas, a los sabios y a los genios.

Pero de todo esto, vosotros, hijos míos deportistas, no tenéis la culpa.

Sin embargo, es un hecho que os habéis convertido en los seres más importantes del mundo.

Por esta razón, ya que el mundo no se va fijar en los santos, en los sabios y en los estadistas, sino en vosotros; ya que sois los personajes ideales que imitarán tantos jóvenes hasta en vuestros más ínfimos gestos, yo os pido que seáis unos deportistas ejemplares en vuestro comportamiento, para que los millones de hombres que están con los ojos fijados en vosotros, vean vuestras buenas obras, os imiten y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos.

Corred en los estadios, no solamente para conquistar estos trofeos corruptibles, sino el trofeo eterno de los cielos. Jugad juego limpio, jugad juego leal, no admitáis sobornos, empleaos a fondo, luchad cuando os aplaudan y cuando os silben. Sois espectáculo de los hombres que, al veros jugar limpia y lealmente, se animarán también ellos a jugar limpia y lealmente el juego de la vida.

Llegará un tiempo cuando habrá deportistas que no aguantarán el juego limpio, y se apartarán de la lealtad a sus colores, para entregarse al dinero. Vosotros, por vuestra parte, estad vigilantes, dad al mundo ejemplo de deportividad y lealtad; luchad en todos los campos, cumplid vuestro cometido, sed sufridos y sobrios. Luchad en el terreno de vuestra conducta con la misma limpieza con que lucháis en el terreno del deporte. Que el día de vuestra muerte podáis decir ante Dios y ante los hombres: «He jugado un buen partido, he corrido bien mi carrera, he sido siempre fiel a Dios y a mis colores».

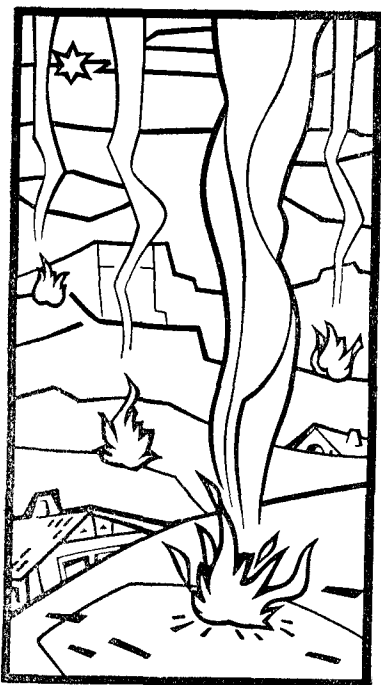
Ya no os quedará sino recoger el trofeo que en justicia os entregará Dios en aquel día, Arbitro justo.

Y, puesto que los hombres no se fijan ya más que en vosotros, habréis sido verdaderos apóstoles con

vuestro ejemplo, y habréis conseguido lo que ya no pueden conseguir los predicadores, los sabios, los maestros y los doctores, porque el mundo ya no os hace caso más que a vosotros.

Benditos seais si, con vuestro ejemplo, conseguís que los hombres lleguen al Reino de los cielos. Así sea.

Las hogueras de
San Juan



Pero no unas hogueras de esas que encendemos con mucha rama inútil y con mucho humo. Unas hogueras que nos encienda el propio San Juan para que nos quemem en lo vivo y nos abrasen todo lo podrido.

1.ª hoguera: para calentar a los pobres.

Una de tus hogueras, San Juan, para calentar a tantos hermanos nuestros que, en invierno, no tienen calefacción central; una hoguera hermosa, para suplir el déficit de calorías de tantos niños y grandes en el mundo.

Una hoguera hermosa, San Juan, para calentar a tantos niños que no han tenido el cariño de sus padres; a tantos ancianos a quienes solamente el verse arrinconados da un frío espantoso. Un buen fuego para calentar a tantos desnudos de ropa y de recomendaciones. Una hoguera hermosa para calentar a los benditos que, dada la ocasión, no se «forran» a costa del vecino.

2.ª hoguera; para chamuscar a los egoístas.

Sin malicia ninguna, San Juan; y sin mala voluntad para con los egoístas, porque no puede haber

mejor voluntad para con ellos que el querer que se chamusquen un poco en esta vida, para que no se abrasen después del todo en la hoguera grande.

Una hoguera para escocer en lo vivo al que no quiere dar de comer al hambriento ni dar de beber al sediento. Una quemadita para el que no se acuerda del prójimo; para el que vive demasiado caliente mientras hay a su lado muchos que viven demasiado fríos.

Un fuego que queme tanto viejo privilegio injusto; una hoguera grande que funda las armas de guerra y que reblandezca los corazones duros que sólo piensan en sí mismos.

Una llama, San Juan, que nos queme el fondo de todos nuestros egoísmos, que nos irrite el disfrute de todas nuestras comodidades irresponsables.

3.^a hoguera: para que aprendamos a saltarla bien por encima.

Como hacen los jóvenes en las hogueras que encienden en la noche de tu fiesta.

Pero esta hoguera la encenderías tú, San Juan, para entrenarnos a todos, jóvenes y viejos, a saltar alto y sin quemarnos. Porque luego, en la vida, estamos en peligro de quemarnos muchas veces.

Una hoguera que nos enseñe que no podremos atravesar por la vida arrastrándonos cómodamente al ras del suelo, porque nos abrasaremos.

Una hoguera en la que aprendamos que, para pasar por encima de la vida sin quemarnos, hay que volar muy alto, y hay que desprenderse de muchas

cosas, para que no nos pesen demasiado y vayamos a caer de bruces en medio del fuego.

Una hoguera sobre la que nos obligues a saltar, porque luego tendremos que saltar sobre la vida, que es otra hoguera en la que tantas veces estaremos en peligro de morir abrasados.

4.^a hoguera: para hacer comida para todos.

Tendrá que ser una hoguera muy grande, San Juan. Una cocina inmensa en la que se reparta una escudilla a todos y cada uno de los hijos de Dios que tienen derecho a comer y a vivir.

Una hoguera inmensa, a la que los que podamos, tengamos que llevar las raciones que nos sobran, para que puedan comer los millones de seres humanos a los que hoy en día no les llega su ración.

Una hoguera, en torno a la cual, nos demos la mano todos los hombres que somos hermanos, porque somos hijos del mismo Dios.

5.^a hoguera: para iluminar a los cristianos.

Una luz grande, San Juan. Para volver a leer otra vez todas las páginas del Evangelio. Incluso esas que hoy las vemos tan borrosas.

Con un fuego fuerte, encendido, por ti, es fácil que volvamos a leer páginas olvidadas del más legítimo cristianismo; es fácil que lleguemos a vislumbrar que allí dice que los bienaventurados son los pobres, que no queramos atesorar dinero...

Sí haces un fuego vivo, San Juan, tal vez podamos leer que, el que no ayuda al prójimo, es un maldito que se irá al fuego eterno. Con mucha luz tuya, San Juan, llegaremos a leer que el sacrificio y la abnegación propia es algo tan central en el cristianismo, que Cristo dice en el Evangelio que, el que no se niega a sí mismo y toma su cruz, no puede ser cristiano.

Una hoguera hermosa, San Juan, para que volvamos a leer tantas páginas borrosas y hoy olvidadas de los Evangelios...

San Vicente
se hace galeote



Habrá quien diga que es una bella leyenda, que no es verdad.

No interesa.

Creemos—al revés del refrán escéptico—que es demasiado bella para no ser verdad.

Y, si no hubiera sido verdad en la materia, sabemos que en el enorme espíritu de San Vicente de Paúl, un gesto así siempre tuvo que ser verdad.

El pobre galeote estaba enfermo. No podía ni con el remo ni con su alma.

Pero el cómitre quería tener las tripulaciones a punto; y para tener sus tripulaciones a punto, el cómitre no quería saber de agotamientos ni de enfermedades ni de nada. Para tener las tripulaciones a punto, el cómitre empleaba el látigo.

Vicente de Paúl pasa por allí y pide al cómitre que el galeote enfermo sea llevado al hospital.

Pero perder dos brazos no es «negocio» para el cómitre. Le contesta que le enviará al hospital si se queda en su lugar.

Y San Vicente se queda; extiende los brazos y el cómitre le pone las cadenas.

Hay muchas maneras de hacer «caridades».

Hay muchas maneras de dar «una limosna a los pobres».

Hacernos galeotes, San Vicente.

Tú, el Grande de la caridad, comprendiste que tiene que llegar el momento sublime y casi sacramental de la «Encarnación en el pobre».

Sólo entonces, cuando sintamos en nuestra experiencia y en nuestra carne la auténtica pobreza y miseria, sólo entonces podremos comprender qué siente el pobre, qué necesita el pobre, cómo se pudre y revienta el pobre.

Nosotros, San Vicente, que tantas veces hacemos nuestras «caridades», así, de arriba hacia abajo, es decir: casi demostrando que somos nosotros los que estamos arriba y que el pobre es el que está abajo. Nosotros, que al hacer nuestra «caridad», nos subimos todavía un poco más, mientras bajamos al pobre un poco más.

Nosotros no tenemos ni idea de lo que es hacernos galeotes, San Vicente.

Nosotros, San Vicente, los que hablamos satisfechos y seguros con Dios, después de que hemos dado esa calderilla de fondo de bolsillo, ese cinco por ciento de nuestros ingresos, esas ropas usadas y pasadas de moda.

Todos nosotros, San Vicente, los que creemos que ya hacemos bastante por los pobres, creemos esto, porque nunca hemos tenido experiencia auténtica de lo que es ser pobre.

Todos los que creemos que ya hacemos lo suficiente por los pobres, es porque nunca hemos sen-

tido en nuestra carne la miseria, la angustia, la desposesión, la necesidad, el abandono.

Cristo, y después tú, San Vicente, nunca tuvisteis límites en hacer el bien a los hombres .

Cristo, que se hizo Hombre y tuvo experiencia de qué es un pobre hombre.

Tú, que te hiciste galeote, y tienes experiencia de lo que pasa y sufre un pobre galeote.

Nosotras, que vamos a suburbios, tal vez porque ahora está de moda el ir a suburbios; y que estaría muy bien si esa moda nos durara toda la vida; pero que mucho me temo que a muchas no nos dure más de lo que nos dura esa línea de vestido y ese peinado de ahora.

Hacerse galeote, San Vicente, para saber lo que se siente siendo galeote, para saber esa tremenda razón que tienen los galeotes, los miserables, los enfermos, los huérfanos, los pobres del mundo.

Es algo así, San Vicente, como si la señorita se hiciera muchacha de servicio allí, en una ciudad donde nadie la conociera; algo así como si el señor aquel dejara sus cuentas corrientes y sus dividendos, y se hiciera peón de obras en aquella tierra lejana, y con aquel sueldo al mes tuviera que sacar adelante a su esposa y a sus hijos...

Algo así como si a nosotros, los sacerdotes que predicamos la caridad desde el púlpito y luego la racionamos en el confesonario, tranquilizando a nuestros consultantes afortunados con: «el diez por ciento o el cinco por ciento, con las sobritas de lo superfluo a los pobres y después la vidita eterna...»; algo así como si a nosotros también, Cristo nos regalara un

día no sólo con la pobreza jurídica y canónica, sino con la pobreza angustiosa, con la falta de las más esenciales coberturas humanas...

Nosotros también, San Vicente, sentiríamos más con el pobre, nos exigiríamos más a nosotros y a los demás, en favor del pobre.

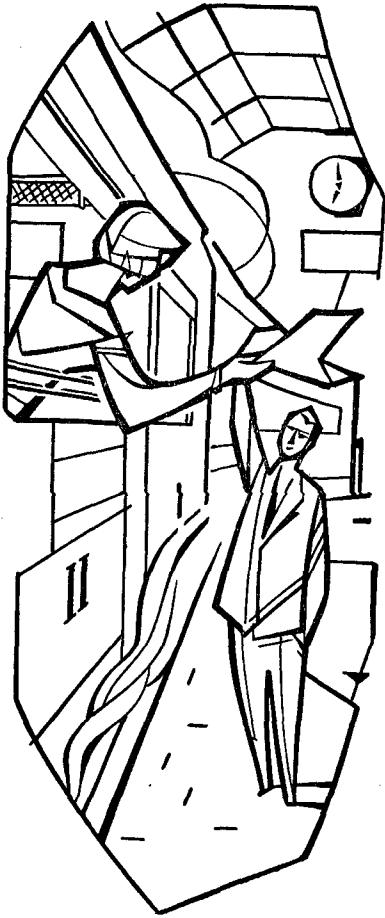
Hacernos galeotes como tú, San Vicente.

Encarnarnos en el pobre como Cristo y como tú, para poder redimir al pobre.

Porque no hay Redención completa, sin pasar antes por el tremendo realismo de una Encarnación.

Hacernos galeotes, San Vicente.

Vida de
San Usted mismo



Claro que sí; usted. Usted que tiene madera de santo y huesos de santo y pelo de santo.

Usted que nació, como los demás santos, chiquitín, desnudo, feucho y pelón y, además, todo hecho una porquería por dentro con el pecado original.

Usted mismo que es de la misma raza que San Gregorio Nazianceno, Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal y Santo Toribio de Mogrovejo.

San Usted mismo.

Un santo de altar, ni más ni menos que esos otros del párrafo anterior.

Y, para que se convenza de que es verdad, aquí nos tiene usted escribiendo su vida.

CAPTULO PRIMERO

Infancia vulgar, juventud casquivana y vida chapucera de San Usted mismo.

Hubo algunos santos y santas que, ya desde su más tierna infancia, dieron muestras asombrosas de santidad: santas criaturas que se infligían atroces penitencias, santos niños que se extasiaban en altísima

oración y santos bebés de pecho que no lactaban los viernes y días de ayuno.

San Usted mismo no fue uno de éstos.

San Usted mismo fue de la otra clase de santos; de esos que empezaron a ser santos más tarde, bastante más tarde o muchísimo más tarde... pero que, al fin y al cabo terminaron siendo santos.

La infancia de San Usted mismo fue corrientilla; es verdad que tuvo algunas cosillas buenas; fue buenillo un par de días al mes; varias veces, después de comulgar, prometió a Jesús que iba a ser muy bueno; y rezaba las oraciones todas las noches que ño se le olvidaba.

Por otra parte, San Usted mismo hizo de niño otro montón de cosas que no tenían nada de santas: riñó, desobedeció, peleó, robó mazanas, no estudió, dijo palabrotas, tuvo rabietas e hizo un montón de veces todo lo que le daba la gana.

La juventud de San Usted mismo fue como su niñez, pero un poco peor. San Usted mismo y también Santa Usted misma tuvieron una juventud en la que había mucho de esto y mucho de lo otro: hubo bastante generosidad y bastantes caprichos; hubo idealismos y despistes, hermosos arranques y lamentables vulgaridades.

Nadie hubiera dicho por entonces que usted mismo iba para santo. Nadie lo hubiera dicho... fuera de Dios.

Dios, sí. Dios todavía tenía en cartera una gracia imponente para hacerle a usted santo.

Dios es admirable en sus santos.

Admirable en aquellos que ya eran santos desde pichoncitos.

Pero mucho más admirable en los otros, a quienes hizo santos después de haber sido unos pajarracos.

Usted mismo entre ellos.

Porque lo que vino después de su juventud, todavía fue más chapucero. San Usted mismo y Santa Usted misma se dedicaron a convencerse a sí mismos de que eran de los buenos y de los católicos: iban a Misa los domingos y, tal vez, también entre semana; no mataron a nadie; no robaron (por lo menos abiertamente como los ladrones vulgares). No hicieron nada de eso, pero tampoco hicieron otra serie de cosas que tenían que hacer para ser cristianos tan siquiera de la clase más elemental.

No se preocuparon del prójimo; para las inmensas necesidades espirituales de millones de prójimos, decidieron ustedes que ahí estaban la Iglesia y los curas. Para las inmensas necesidades materiales del prójimo, decidieron que ahí estaban el Gobierno y la Caritas y la Cruz Roja...

Y San Usted mismo mientras tanto, tan calentito; con su pisito y su sueldito y sus medicinitas para que no le suba la tensión y sus oracioncitas para no ir al infierno.

Un cristiano chapucero; eso es lo que había sido San Usted mismo hasta un día en que, una colosal gracia de Dios por una parte y un poco de generosidad por parte de usted consiguieron lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO DE ENMEDIO

Conversión de San Usted mismo, de cristiano chapucero en cristiano de verdad, es decir: en santo.

Fue a primeros de año; tal vez en enero mismo, cuando San Usted mismo se puso a pensar en serio en el asunto más serio en que tenemos todos que pensar, y dando una palmada en la mesa, se dijo con toda seriedad:

—Se acabó. Año nuevo, vida nueva.

Y pensó que, sin meterse a hacer cosas raras, por de pronto, podía decidirse a hacer bien hechas todas las cosas de siempre que antes las hacía a medias.

Pensó que todas esas mismas cosas, en lugar de hacerlas sólo por ganar dinero o por sacar la familia adelante o por evitarse complicaciones o por asegurar el día de mañana, podría hacerlas también porque Dios quiere que hagamos bien las cosas y porque Cristo ha hecho cosas formidables por uno y porque Cristo es estupendo.

Y San Usted mismo decidió empezar a hacer bien toda esa pila de cosas que antes no hacía más que a medias; pero, antes de todo, se le ocurrió una buena idea:

Rezó.

Rezó como un bravo. Es decir, se plantó delante de Dios y le dijo:

—Señor, yo estoy decidido a hacer bien las cosas porque... porque Tú eres estupendo, y hacer bien las cosas por Ti es imponente. Pero, verás: será preciso

que Tú mismo me ayudes, porque yo soy un inútil y un egoísta y un pedazo de esto y de lo otro, etc., etc...

Y claro. Vino la gracia de Dios que es capaz de hacer santo al más inútil, siempre que éste ponga un poco de su parte. San Usted mismo puso ese poco de su parte y:

hacía su trabajo de siempre, mejor y más alegremente.

aguantaba con mucha paciencia las «cosillas» del prójimo,

no se armaba líos con los de casa,

resulta que siempre le «sobraba» algún tiempo y algún dinerillo para dedicarlo al prójimo necesitado,

encontraba también tiempo para entrevistarse con Dios en los sacramentos, y en frecuentes charlas que sostenía con El mano a mano.

Con Santa Usted misma, pasó lo mismo. Todo lo bueno que hizo San Usted mismo, lo hizo también Santa Usted misma y, además:

se convenció de que todo lo que le había dado Dios no era para la casa de una y para la familia de una y para los hijos de una, sino también para repartirlo entre las familias y los hijos que habían recibido menos cosas que una,

también se convenció de que, en sus conversaciones, las vidas del prójimo se llevaban demasiadas parrafadas y, desde entonces, dedicó buena parte de aquellos párrafos a hablar del tiempo, de la cosecha, de las últimas cretonas estampadas y de las nuevas clases de punto para chaquetillas de niño.

CAPITULO ULTIMO

Santa muerte. No hizo milagros. No fue canonizado. No le hicieron estatuas para las iglesias. No le pusieron su nombre a ninguna calle de su pueblo.

Lo de San Usted mismo no fue uno de esos prontos que duran unos pocos días y luego vuelta a las mismas chapuzas de antes, no. Fue en serio. Empezó a ser un buen cristiano en su vida normal de todos los días, y siguió siéndolo con la gracia de Dios.

Bien es verdad que también tuvo sus fallos de vez en cuando. Todos los santos los han tenido y San Usted mismo no fue una excepción. Pero luego se arrepentía y empezaba otra vez a hacer las cosas como era debido.

Y así hasta que se murió.

No se sabe de qué murió. Pero murió de una de esas cosas de las que muere todo el mundo: de una angina de pecho, de un cáncer, de un accidente de tráfico o de un catarro mal curado.

No dijo ninguna frase lapidaria cuando se moría. En cambio Cristo sí que la dijo. Dijo:

—Ven, bendito de mi Padre al reino preparado para ti desde el principio del mundo...

y, a continuación le dijo todo aquello que está en el Evangelio, y todas las razones por las que Cristo se ha llevado al cielo a todos los santos y a San Usted mismo, entre ellos.

No hizo milagros ni de vivo ni de muerto. Pero,

de vivo, hizo las cosas como deben hacerse, lo cual es mucho mejor que hacer milagros.

No le canonizaron, porque no van a estar canonizando a todos los santos; que, si fuera así, menudo lío. Sin embargo, Dios bien que le canonizó allí arriba y le puso en la misma categoría que San Pedro y Santa Inés y San Beda el Venerable.

Es decir: entre la gente que, en vida, hizo lo que tenía que haber hecho.

NOTA.—Completamente en serio. No se olvide de que, lo que hemos escrito aquí *puede muy bien ser su propia vida*. La vida de un auténtico santo.

La vida de San Usted mismo.

De usted depende.

Santa Rita
abogada de los imposibles



Para comprender bien la fantástica santidad de Santa Rita hay que darse cuenta de que Rita fue santa de soltera, santa de casada, santa de viuda y santa de monja.

Nadie, por tanto, debe extrañarse de que Santa Rita sea abogada de las causas imposibles.

I. Soltera.

Rita nació en un elevado y señorial castillo, de padres nobles y ricos, pero honrados.

Su nombre verdadero fue Margarita. Rita no era sino un diminutivo cariñoso y elegante de Margarita; como Pepi es un diminutivo de Josefa, Susi es un diminutivo de Jesusa, Loli es un diminutivo de Dolores, y Chuchi, Fífí, Bubi y Kuki son diminutivos vaya usted a saber de qué.

Rita creció y se educó entre doncellas, joyeles, puntillas, oropeles, castillos, bolillos, lebreles y encajes.

Un complejo irresistible de circunstancias, para haber hecho de Rita una niña egoísta, engreída, impertinente y tonta.

Pero, a pesar de todo, Rita fue una muchacha sencilla, humilde y natural: una santa.

Este es el primer imposible de Santa Rita.

Rita no había pensado en casarse, ni mucho menos; aún no tenía doce años.

Ella no había pensado en eso, pero sí sus queridos papás, que la querían tanto, que ya tenían echado el ojo al novio que más le convenía; que no era el que hubiera elegido Rita sino, naturalmente, el que habían elegido ellos, que tenían más experiencia y sabían mucho mejor que su hija cuándo y con quién tendría éste que casarse.

Se habían fijado en un joven noble que tenía un castillo muy grande; más grande todavía que el de Rita.

El duque, su padre, opinaba que era un «buen partido», porque tenía muchas tierras y muchos vasallos.

La condesa, su madre, opinaba que era un «buen partido», porque tenía muchas arcas y muchos doblones.

Rita no les dijo un día a gritos a sus padres lo que opinaba del presunto «buen partido», porque Rita era una santa.

Tal vez, también, Rita aceptó porque era muy niña y todavía no se daba cuenta de lo transcendental que es casarse con un «buen partido» elegido por unos previsores y astutos papás.

II. Casada

Y Rita se casó con el «buen partido».

El «buen partido», resultó ser un bárbaro con espuelas, coraza, casco y arcabuz.

Su esposo comenzó a dedicarse fuera de casa a actividades y correrías que no sería educativo detallar en este escrito.

Para Rita, el matrimonio comenzó a ser ese largo Vía-Crucis que es para algunas esposas: abrazarse a la cruz, caer con la cruz, levantarse con la cruz, seguir adelante con la cruz...

Rita no aguarda por las noches a su esposo, empuñando el rodillo de cocina.

Rita le aguardaba empuñando la cruz de Cristo y diciendo: «Perdónale, Señor, porque no sabe lo que hace».

Y Rita realizó el segundo gran imposible.

A los insultos, a los malos tratos, a las humillaciones y a las maldiciones, Rita no respondió con los gritos, las histerias y las amenazas de irse a casa de su madre.

Rita no puso cara de víctima ni de mártir. Rita siguió sonriendo, teniendo cariño, amando al esposo al que se había unido ante el altar de Jesucristo.

Es verdad que los prodigios y los milagros, los hizo Santa Rita después, cuando fue monja; pero los imposibles los hizo ahora, cuando fue casada.

Perdonó, sonrió, amó y se entregó a su esposo, a sus hijos y a su hogar.

Aquí, en el matrimonio, es donde se hizo santa, Santa Rita. Donde se hacen santas tantas esposas y tantas madres.

Donde pueden hacerse santas todas las esposas y todas las madres.

III. Viuda.

Rita acabó por realizar otro imposible: ese imposible que no es raro ver realizado por el amor y el sacrificio de más de una esposa: Rita convirtió a su esposo.

No fueron sus sermones, ni sus amenazas, ni sus sonoros lamentos, ni sus actitudes de víctima, porque esto no ha conseguido todavía convertir a ningún esposo.

Fue su oración, su sacrificio, su paciencia y su cariño.

No duró mucho la felicidad humana de Rita. Ahora que su marido era bueno para con Dios y para con ella, surgen unos viejos enemigos que le tienden una emboscada y le asesinan.

Y ahora viene otro imposible que realiza Santa Rita.

No solamente perdona a los asesinos de su esposo, sino que, enterada de que sus dos hijos, ya mayorcitos, piensan vengar a su padre, pide a Dios que antes quiere verlos muertos que asesinos. Y Dios le escucha y se lleva a lo único que le quedaba en el mundo: sus dos hijos.

Rita queda viuda y sola. Naturalmente, en este estado, a Rita le quedaba mucho tiempo libre; tiempo para salir de visita y ser visitada, tiempo para charlar, comentar, enterarse de noticias, de cuentecillos, de rumores, tiempo para organizar la vida de los demás; tiempo para ponerse el velo negro, tomar el rosario y comentar, a la salida de la función de la tarde, lo mal que está la juventud...

Pero Rita es diferente. Su tiempo libre lo dedica totalmente a Dios. No lejos del castillo hay un convento de monjitas adonde ha ido una tarde, toda cubierta con su velo negro.

Rita vuelve triste al castillo. La Madre Abadesa le ha dicho que no. La buena Madre Abadesa debió sospechar que Rita no era para ellas un «buen partido». Una señora como ella, rica, noble, viuda..., podría descalabrar aquel palomar de monjitas sencillitas, humilditas y santitas...

—No —se decía la buena Madre Abadesa—; doña Rita es una señora muy buena, pero, de monja... en nuestro convento..., no creo que sería un «buen partido».

Y la Madre Abadesa despidió con toda bondad a Rita, le dijo unas cuantas cosas buenas, le prometió las oraciones y sacrificios de toda la Comunidad, pero no la admitió como monja.

IV. Monja.

Rita haría otro imposible más: cambiar el parecer de la Madre Abadesa. Se encomienda a Dios y, una noche, siente que tocan a la puerta y la llaman por su nombre.

—¡Voy! —dice Rita—; y se siente llevada por una fuerza misteriosa hasta el convento, por cuya puerta penetra, sin abrirla, hasta que aparece arrodillada en el coro donde las monjas cantaban maitines. Al ver aquel ser extraño en la clausura, los salmos dan paso a los chillidos. La Madre Abadesa pone orden e investiga la situación: las puertas del convento no han sido

abiertas, luego es Dios quien ha traído a Rita al convento.

La Madre Abadesa no duda; reúne el capítulo y abraza a Rita admitiéndola entre sus hijas.

A Rita, que fue santa de soltera, santa de casada, y santa de viuda no le iba a ser nada fácil ser santa de monja. Dios le concedió una de las cosas que hacen más difícil la vida de una monja: le concedió fenómenos extraordinarios de verdad.

Como muchas veces sucede que estos fenómenos extraordinarios no son de verdad, no son de Dios..., las monjitas del convento, con muy buen sentido común, recelaban y desconfiaban de las llagas de Rita y de los éxtasis de Rita.

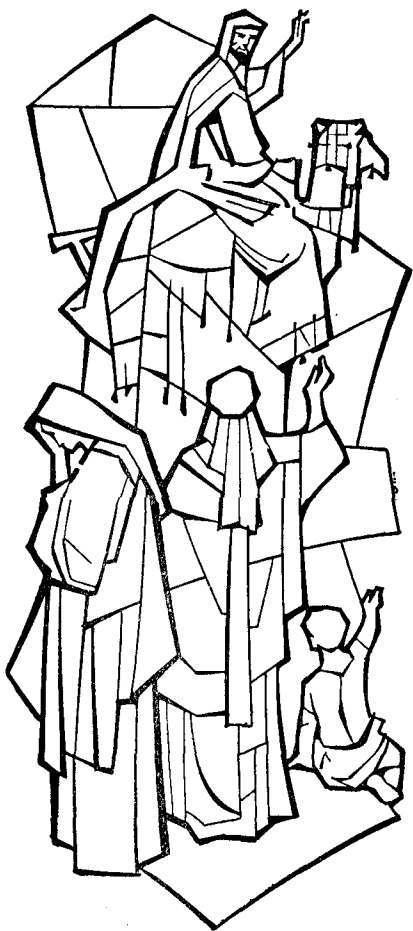
Rita, dentro del convento, conoció la desconfianza, el recelo, la incompreensión..., y realizó el imposible más grande de todos:

En medio de todos estos favores extraordinarios de Dios, Rita fue más humilde, más obediente, más sencilla que nunca...

Jamás creyó que era más santa que ninguna de las que la rodeaban.

Por eso fue santa, Santa Rita.

Melchor
se va al Oeste



Usted dice que es fácil. Bueno; pues haga usted la prueba.

Un buen día, a la hora de la comida, póngase usted serio, beba un trago, deje el vaso con fuerza sobre la mesa y diga:

—Me voy al Oeste.

Al principio no pasará nada. Sus seres queridos le mirarán un poco extrañados, pero seguirán comiendo.

Después de unos momentos, una cariñosa voz femenina romperá el silencio:

—Querido, trabajas demasiado..., pasas la noche en vela mirando a las estrellas, estudiando y haciendo tus pergaminos... Tienes que descansar; hace tiempo noto que tu sistema nervioso...

—¡¡Pamplinas!! —tendrá usted que decir, sacando fuerzas de flaqueza—. ¡He dicho que me voy al Oeste y me voy al Oeste, como me llamo Melchor!

—¡Yo voy contigo!; ¿verdad que me llevas?

—¡Y yo también!

—¡Y yo...!

—¡Niños, a callar! ¡Y, fuera de aquí todos! —dirá con voz acerada la misma cariñosa voz femenina de

antes—. Vuestro padre y yo tenemos que hablar a solas.

Usted, que decía que era fácil lo de Melchor, díganos cómo se defiende usted ahora a solas con ella. A ver con qué cara le explica usted a ella, que tiene usted que ir a Judea, una región casi desconocida, a más de dos meses de camino a través del desierto.

Usted, que sabe que es un viaje a lo desconocido, lleno de peligros, y del que no es muy seguro que vuelva con vida. Usted, que tiene una esposa estupenda y unos niños encantadores, y un palacio y unas termas, y una magnífica biblioteca de pergaminos y un telescopio y cuatro camellos y cincuenta terneros y setecientas cincuenta ovejas.

Usted, que dice que lo de Melchor fue fácil, a ver cómo tiene corazón y coraje para dejar todo esto por la aventura de marcharse al Oeste a lomos de camello, a través del desierto en un horrible viaje de más de dos meses, expuesto a las fieras, a los salteadores, al tifus exantemático y al cólera morbo.

¿Ha pensado usted con qué cara le explica a ella que usted ha recibido en sueños un llamamiento del cielo, y que ha visto una estrella más gorda y que tiene que seguir a esa estrella, hasta encontrar a un Niño que acaba de nacer allá, un Niño que es Rey...?

Claro; usted se interrumpe, porque ve que ella le toma la cabeza entre sus manos, le mira..., le mira... y rompe a llorar con la amargura inigualable de una esposa que ve que su esposo ha perdido la razón, y se cuelga de su cuello y chillá y solloza...

Usted siga diciendo que se va al Oeste.

A pesar de todo. Porque sabe que nadie le

comprenderá, pero sabe que esa es la voluntad de Dios.

Usted, que dice que lo de Melchor fue fácil, arránquese de su esposa, déjela sollozando tirada por el suelo, y baje a la cuadra a preparar el camello más fuerte.

Después, vaya usted amontonando todo lo necesario para ese viaje que sabe Dios cuánto va a durar. No se olvide de nada: ni de las mantas, ni de los dátiles secos, ni de los higos pasos, ni del puñal para defenderse, ni de las cantimploras para el agua, ni del hacha para cortar leña...

...Y mientras está usted preparando todo eso, vea que pasan sollozando los de casa y que sus hijos siguen la operación y llega a sus oídos la explicación que su niña más pequeña (esa preciosidad de tres años que está usted a punto de abandonar) está dando en estos momentos a un amigo de la familia que pregunta qué ocurre:

—...Es que papá y mamá han reñido, y ahora papá se marcha para siempre.

Y ahora a usted le sube de dentro un bramido, y está a punto de echarlo todo a rodar y de decir que al Oeste se vaya su abuela...; pero, no. Usted sabe que esa es la voluntad de Dios, y que los mandatos de Dios hay que cumplirlos personalmente.

Y usted, como se llama Melchor, va amontonando más dátiles secos y tragando más saliva y batiendo más coraje.

Y, en esto, llega el médico (llamado urgentemente por su amadísima esposa).

El médico, que es otro Mago como usted, listo,

letrado, del mismo club y amigo, entra como Pedro por su casa, hasta donde está usted con el camello, y viene como quien no quiere la cosa, en plan campechanote, diciendo: «Caramba, Melchor, te encuentro más fuerte que nunca»... «¿Conque, de juerga, eh?»... «Ya, ya; no me lo digas; un plan camello»... y «Bla-bla, bla-bla y bla-bla».

Y usted tiene que aguantar que le tome el pulso y que le haga sacar la lengua y que le mire el blanco del ojo y que le ponga la oreja al pecho; y, sobre todo, tiene que aguantar veinte minutos de psicoanálisis, en los que le pregunta cosas que pasan ya de la raya, y todo para tratar de comprobar que usted está loco.

—Lo que tú necesitas, Melchor, es menos estudio y más descanso —se despide el doctor, poniéndole paternalmente la mano sobre un hombro.

—¡Lo que yo necesito es...! —responde usted con cierta entonación; y nosotros perdemos su última palabra que, «como se llama usted Melchor», la ha pronunciado en sánscrito.

Y usted, señor, para estas fechas, ya se irá dando cuenta de que, para cumplir la voluntad de Dios, como Melchor y como tantos otros Melchores y Melchorcitas en la historia, hay que morderse las entrañas y tragarse las lágrimas y pasar por idiota.

Pero todavía no hemos acabado. Siga usted, señor, haciendo de Melchor; usted, que decía que lo de Melchor era fácil.

A la mañana siguiente, levántese usted temprano y cargue el camello con el acompañamiento delicioso de los últimos gemidos y las últimas súplicas de los seres queridos.

Luego saque usted el cofre de oro que va a ofrecer al Niño y cárgelo también en el camello. Verá usted el lío que va a armar ella en cuanto vea que se lleva usted el cofre. Verá usted cómo grita ante toda la vecindad que los deja en la miseria a ella y a sus hijos, y que dice que en ese cofre se lleva usted todo cuanto tenían, siendo así que ella sabe muy bien, que le ha dejado usted en casa otros catorce cofres como ese.

Verá usted cómo ahora que han visto que se lleva usted un cofre, a los gritos de ella, se unen con fuerza irresistible las protestas indignadas de las tías, los primos, los suegros y las cuñadas, que antes habían llorado mucho, pero en silencio.

Pero usted arrea al camello y, firme, hacia el Oeste...

Como se llama Melchor.

No sabe si volverá vivo. Detrás deja todo lo más querido que tiene en este mundo. Y, lo más terrible es que todavía oye, a lo lejos, la despedida de esos sus seres queridos:

—¡Esposo infiel! ¡Mal padre!...

Y Melchor sigue hacia el Oeste, adentrándose en el desierto, mientras la amargura se le adentra en el alma... Y todo por cumplir la voluntad de Dios, que le llamaba hacia el Oeste.

Fácil —decía usted—, fácil cumplir la voluntad de Dios, cuando a uno se le rompe el alma por lo más querido, y cuando los demás le tienen a uno por canalla y por idiota.

Fácil —según usted— para Melchor, el marcharse al Oeste.

También le parecerá a usted muy fácil lo de todos los otros Melchorcitos y Melchorcitas que hicieron el idiota tantas veces por cumplir la voluntad de Dios:

el uno, estúpido él, dando a los pobres el veinte por ciento de sus ingresos;

la otra, tonta ella, metiéndose monja, siendo una chica tan mona;

el otro, idiota él, diciendo en el consejo de administración que no era justo repartirse tantos dividendos mientras no se subieran los sueldos;

y el otro..., y la otra..., y el otro.

Gente que supo cumplir la voluntad de Dios, aun a costa de todo.

Como Melchor, que un día se enteró de que Dios quería que fuera al Oeste.

Y dijo: «Me voy al Oeste, como me llamo Melchor».

Y se fue al Oeste.

Como que se llamaba Melchor.

San Veintinueve



La culpa la tuvo el abad.

El abad que creyó que Fray Candoroso se había equivocado.

Fray Candoroso era uno de aquellos monjes medievales que se pasaban la vida rezando y copiando libros; que entonces había muy pocas personas en el mundo que supieran leer y escribir; que si no por estos buenos monjes, hoy no tendríamos ni cultura occidental ni nada.

La barba de Fray Candoroso era muy larga y muy blanca; casi tan larga y tan blanca como los muchos años de su vida; como que era el más viejo de la Comunidad y, a pesar de ser tan viejo, todavía era el que trazaba mayúsculas más bonitas que ningún otro.

Tenía su pupitre junto a la ventana y estaba copiando un «Año Cristiano» de vidas de santos que, entonces y en latín, se decía *Flos sanctorum*. Aquella tarde había terminado con los santos de febrero, y fue a entregar sus pergaminos al abad.

El abad, que era muy letrado y que sabía muy bien todo eso de las kalendas romanas y de las fases de la luna y de los signos del zodiaco y de los años bisiestos, casi se lleva un susto cuando ve que, en la copia de Fray Candoroso, febrero tiene su día veintinueve, con la vida de su santo y todo.

—Fray Candoroso, ¿no sabíais que febrero sólo tiene veintiocho días?

—Sí, Padre mío..., es decir, me daba tanta pena el pobre febrerillo con su complejo de inferioridad...

El abad pensó que Fray Candoroso estaba viejo y comenzaba a perder el seso. La palabra «complejo de inferioridad» dicha así de repente en la Edad Media, era algo para lo que el abad no estaba preparado; y así pensó que aquel trabajo de copia era excesivo para la edad de Fray Candoroso. Le concedió unos días de vacaciones, guardó los pergaminos recién copiados y quemó los dos folios de más que el pobre Fray Candoroso había escrito con su dichoso día veintinueve.

Aquella noche el abad no pudo dormir. Se acordó de pronto que Fray Candoroso no había podido copiar de ninguna parte aquellos dos folios del día veintinueve, puesto que, en el original de donde copiaba, no había veintinueve.

Al día siguiente lo sabía todo el convento y a los novicios les faltó tiempo para ir, durante el recreo, a Fray Candoroso a preguntarle cómo era la vida del santo del 29 de febrero.

—¿Cómo se llamaba, cómo se llamaba?

Fray Candoroso se acordaba perfectamente de toda la vida del santo pero de lo único que no podía acordarse era del nombre.

Un novicio con cara de pillo da un grito:

—¡Podríamos llamarle San Veintinueve!

Se iluminaron los ojos del anciano:

—¡Sí, eso es: San Veintinueve! Porque es un santo al que sólo podrán imitar la cuarta parte de las personas de este mundo.

El abad se había acercado sigilosamente y estaba atento a las palabras del anciano, oculto tras la muralla de novicios que rodeaban a éste.

—San Veintinueve nació loco; y, a pesar de ser loco, fue santo.

Se hizo un silencio emocionante. El abad, oculto tras los novicios, sacó unos cartapacios y empezó a transcribir las palabras del anciano. Había que rehacer las páginas que, insensatamente, él mismo quemara la víspera.

—Creedme, hijos míos —continuaba Fray Candoroso—: también entre los locos hay buenos y hay malos; hay perversos y hay santos. La mayor parte de los locos no están locos del todo; así como la mayor parte de los cuerdos, tampoco estamos cuerdos del todo. Por eso, los locos también pueden ser santos y malvados, con esa parte del alma que no está loca.

San Veintinueve nació loco. Por lo menos así lo decretaron las personas mayores del pueblo; porque, cuando llegó al uso de razón observaron que el muchacho no sólo hablaba con las personas, sino que también hablaba con las mariposas, tenía grandes conversaciones con las hormigas y hacía preguntas a las hojas de los árboles.

Cuando creció, vinieron unos médicos de la ciudad, le tomaron el pulso, le hicieron sacar la lengua y le preguntaron por qué hablaba con los animales:

—Porque son buenos; tan buenos y mejores que muchos hombres.

Y se les quedó mirando tan fijo, que los tres doctores empezaron a ponerse nerviosos y no le hicieron más preguntas, por si acaso. Dijeron que el muchacho

estaba loco, y que había que llevarle a un manicomio porque era peligroso.

Pero los del pueblo no le mandaron al manicomio, porque San Veintinueve era muy bueno, sacaba de paseo a los niños del pueblo, y había aprendido maravillosamente el oficio de zapatero.

San Veintinueve también sufría, como sufren todos los locos. Pero sufría con paciencia como sufren todos los santos. Lo que más le hacía sufrir a San Veintinueve es que los demás le tuviesen por loco. La oración más hermosa que repetía tantas veces San Veintinueve era:

—Señor, Tú sabes muy bien que yo no estoy loco; pero yo te ofrezco con mucho gusto el sacrificio de que los demás me tengan por loco.

Y el Señor, desde el cielo, sabía que San Veintinueve estaba loco, pero también sabía que era santo.

Hacía zapatos. Los hacía maravillosamente. Grandes señores y señoras venían desde lejos a que les tomase medidas de sus pies. San Veintinueve les medía los pies con una cinta de medir, y luego les medía el alma con esa conversación ingenua que sólo suelen tener los niños y los locos.

Como los zapatos estaban muy bien hechos, aquellos señores y señoras le pagaban muy bien a San Veintinueve, y éste, con todo ese dinero, podía comprar mucho cuero para hacer zapatos de balde a todos los pobres del pueblo.

Así sucedió que, en el pueblo de San Veintinueve, todos tenían zapatos, lo mismo si eran pobres que si eran ricos. Y todo por obra de un loco.

Con unos cuantos locos como San Veintinueve se

hubieran arreglado muchas de estas cosas que van mal en este mundo.

Pero es que San Veintinueve, además de loco era santo; y ahí está el problema.

Otra de las cosas buenas que hacía era sacar de paseo a los niños del pueblo. A los niños les gustaba mucho ir con San Veintinueve, porque a los niños les gustaba que hablase con los caracoles y las lagartijas; y porque los niños no creían que San Veintinueve estuviese tan loco como decían los grandes.

—¡Mira, un charco!

—No me gustan los charcos —decía San Veintinueve—; me gusta el río.

—El río es bueno. El río da siempre toda el agua que recibe y Dios le bendice; siempre está lleno.

—Y ¿por qué es malo el charco?

—El charco es malo porque quiere quedarse con toda el agua para él solo. Mirad: no tenéis más que removerlo un poco para que veáis lo sucio que está por dentro.

Y así los niños volvían luego a casa y contaban a sus padres las cosas que les había dicho San Veintinueve; los padres volvían a decir que San Veintinueve estaba loco, pero volvían a dejar a sus niños que salieran de paseo con él.

Y así, San Veintinueve llegó a santo de verdad, a pesar de estar loco. Ofreció a Dios con paciencia el sacrificio de que le tuvieran por loco, e hizo zapatos, muchos zapatos de balde para todos los que no podían pagarse unos zapatos.

Una noche de invierno salió a hablar con la nieve, que eran tan blanca y tan buena...

Y no volvió. A la mañana siguiente le encontraron todo blanco, blanco, como su alma.

«El pobre estaba loco», dijeron los vecinos, casi sin atreverse a mirarse unos a otros. Y luego le recogieron suavemente como se recoge a un niño al sacarle de su cuna.

Desde aquel día, en el pueblo todos los que tenían zapatos hechos por San Veintinueve, no volvieron a usarlos; los envolvieron en paños blancos y los guardaron en el arca mejor de la casa.

Fray Candoroso se calló. Los novicios dieron media vuelta en silencio y se marcharon. Quedaron solos Fray Candoroso y el abad. El abad se puso de rodillas, le pidió perdón por haber quemado los manuscritos, y le pidió en nombre de Dios que le dijera el verdadero nombre de este santo.

—No puedo... no puedo acordarme padre mío... Tal vez es voluntad de Dios que le llamemos San Veintinueve.

Más florecillas
de San Francisco



La hermana fábrica

¡La hermana fábrica, Francisco! ¿Verdad que sí? La hermana fábrica con sus máquinas cosidas a la tierra, con sus chimeneas mirando al cielo.

La hermana fábrica, donde se hacen tantas cosas buenas para los hombres.

La hermana fábrica, donde se preparan los alimentos que comemos, los lechos en que descansamos, los trajes con que nos vestimos.

La hermana fábrica, Francisco, que, en lugar de ser mala para muchos podría ser buena para todos.

La hermana fábrica, que tiene que dar el sustento y la alegría, antes que a nadie, a los que trabajan en ella.

La hermana fábrica, Francisco, que tenemos que hacer que sea ese sitio donde se den la mano el hermano obrero y el hermano patrono.

Tantas cosas buenas como salen de las hermanas fábricas. ¿Por qué van a salir de ellas el odio y la amargura?

Las hicieron los hermanos hombres, con el talento que les dio Dios; son buenas, Francisco, las hermanas fábricas.

Tenemos que hacerlas buenas, tenemos que hacerlas limpias, tenemos que hacerlas amables.

Hoy, sin ellas, el mundo sería difícil, duro, miserable.

En ellas se han hecho casi todas estas cosas que hacen llevadera y más fácil nuestra vida.

Es buena, Francisco, la hermana fábrica. Es hija de Dios.

Tenemos que hacerla mejor entre todos; es nuestra hermana.

Nuestra hermana fábrica.

El hermano deporte.

También hermano nuestro, Francisco, el deporte.

Hermano bueno, hermano alegre, hermano limpio.

Los niños se hacen grandes, se hacen fuertes, se hacen hombres, gracias al hermano deporte. Es uno de los amigos más grandes que tienen los niños.

El hermano deporte les enseña, sonriendo, la lucha de la vida.

El hermano deporte les enseña a ganar sin abusar, a perder sin odiar.

El hermano deporte los prepara suavemente para los momentos difíciles, para las batallas de la vida.

El hermano deporte les enseña a sufrir, a obedecer, a esforzarse, a ayudarse los unos a los otros.

Fortalece los músculos; pero fortalece, sobre todo, el espíritu.

El hermano deporte ayuda a nuestros jóvenes a divertirse dignamente.

El hermano deporte relaja las tensiones espirituales de los hombres, refresca los ánimos agotados por el trabajo, nos descansa de la lucha de la vida.

Es bueno, Francisco, el hermano deporte.

Es bueno como era el lobo de Gubbio, hasta que comenzó a devorar niños y mujeres y hombres.

También al hermano deporte le ha pasado algo de lo que al lobo de Gubbio, Francisco.

Tiene demasiada hambre, y ha comenzado a devorar a nuestro pueblo y a nuestros hermanos hombres.

Es preciso, hermano Francisco, que salgas al campo al encuentro del hermano deporte, para que no devore más a nuestro pueblo. Tú eres un santo, Francisco; a ti te obedeció el lobo; a ti te obedecerá el hermano deporte.

Haz esto, Francisco. Dile al hermano deporte que sea bueno; que venga entre nosotros a divertirnos, a descansar nuestros espíritus; pero que no venga a devorar a nuestra gente y a nuestra sociedad.

Tú puedes hacerlo, hermano Francisco. Anda y díselo. Nosotros sabemos que te obedecerá.

Porque es bueno el hermano deporte.

El hermano dinero.

¡También el hermano dinero, Francisco!

Ese hermano dinero, tan bueno para darlo a los pobres, a los que no lo tienen. Ese hermano dinero que da valor y grandeza a nuestra hermana pobreza.

El hermano dinero, que hizo más hermanos a los primeros cristianos, porque lo tenían todos juntos, porque lo usaban todos juntos, porque se lo daban al que más lo necesitaba.

El hermano dinero que, cuando se retiene y acapara, causa angustia y preocupación y miedo; pero que, cuando se da a los demás, da alegría y consuelo y perdón.

El hermano dinero, en que tantas veces está encerrado y condensado el amor, el sacrificio, el esfuerzo, la inteligencia, la abnegación.

El hermano dinero, con el que pueden levantarse hospitales, construirse escuelas, saciarse el hambre de los enfermos, instruir a los niños...

El hermano dinero, que es tan hermoso cuando es de todos y para todos...

El hermano dinero, que es como la sangre de nuestra sociedad; y cuyo destino es correr y alimentar a todas las partes de la misma, dando vida y calor y movimiento a todos los que somos hermanos en el mismo cuerpo...

El hermano dinero, Francisco, que es una pena que algunos lo tengan amarrado y preso, para servirles a ellos solos...

El hermano dinero, que está destinado para dar vida y alegría a todos y no sólo a unos pocos...

Sal otra vez, Francisco, y di a los hombres que no aprisionen al hermano dinero para ellos solos; díles que lo dejen ser el hermano de todos, el amigo de todos.

Díles que el hermano dinero no está hecho para el odio.

Díles que el hermano dinero está hecho para el amor.

Para que lo tengamos todos juntos.

Para que con el hermano dinero, sepamos hacer hermanos a todos los hombres...

Los hermanos hombres.

¡Todos hermanos, Francisco!: los grandes y los pequeños, los pobres y los ricos, los negros y los blancos, los niños y los viejos.

Tú hiciste buenos a los lobos, Francisco. Tú hiciste santos a los ladrones, Francisco. Tú tienes que hacer que los hombres seamos de veras «los hermanos hombres».

¡No nos dejes, Francisco!

Sal al mundo cantando la pobreza, la alegría y el amor... Ese amor tan grande que tuviste para todas las cosas y, sobre todo, por todos los hombres.

Los hermanos hombres, Francisco, ¡somos los hermanos de Jesucristo!

A veces, Francisco, los hombres no nos queremos... ¡Parece que no somos hermanos! ¿Te acuerdas del lobo de Gubbio, que robaba y mataba...? Pues así..., así somos a veces los hombres.

Hermano Francisco, ven a hacernos las paces; ven como cuando el lobo de Gubbio; ven a hacernos hermanos a los hombres:

¡A todos los hermanos hombres!

San Martín da
la mitad de su capa



Cosas de San Martín.

Porque a cualquiera de nosotros se nos ocurre que esto es estropear una buena capa.

Es hacer de una cosa buena, dos malas.

Hasta entonces, San Martín andaba caliente y el pobre estaba de frío, es verdad, pero al menos había un hombre bien caliente, y una hermosa capa en buen estado.

Ahora no; ahora hay dos hombres medio calientes y medio fríos, y una capa echada a perder.

El Pobre está un poco mejor que antes, San Martín está bastante peor que antes, y la capa está definitivamente peor que antes.

Nosotros somos más prácticos que San Martín. Cuando tenemos una manta que no llega bien para dos, nosotros tiramos de la manta, pero no partimos la manta.

San Martín podría haber dicho al pobre que no tenía más que una capa; podría haberle dicho: «Dios le ampare».

Es que San Martín no sabía un buen refrán que tenemos nosotros para estas ocasiones: «Ande yo caliente, y ríase la gente».

Nuestro problema nace de otro punto de vista; nosotros somos prácticos y nos preguntamos: Todo eso de San Martín es muy evangélico y muy hermoso; pero ¿qué se puede hacer con media capa?

Este es nuestro problema; nosotros somos también buenos, pero somos prácticos; nosotros no hubiéramos partido nuestra capa, porque no vemos qué se puede hacer con dos medias capas separadas. Es que no vemos ni la utilidad que podría sacar el pobre con media capa.

Aquí está la diferencia entre San Martín y nosotros. Nosotros, con una hermosa capa sobre los hombros, no vemos o no queremos ver qué se puede hacer con media capa; en cambio un santo, sí.

San Martín cierto que vio que aquel pobre podía hacerse una chaqueta o unos pantalones bastante abrigados con aquella media capa.

Buen hombre San Martín. Un hombre de esos que, andando a caballo como andaba, se daba cuenta de lo que necesitaban los que andaban a pie.

Buen hombre San Martín.

Desde entonces, en lugar de capa, anduvo bastante tiempo con bufanda.

Un poco más fresco, es verdad, pero contento San Martín.

Sor Martina da la mitad de su amor.

Como en todas las mujeres, Dios puso en ella una potencialidad inmensa de amar.

Sor Martina fue un día una joven que quería amar y ser amada.

Pero un día le pasó algo parecido a lo que le ocurrió a San Martín; andando por los caminos de la vida un día le salieron al encuentro, no un solo pobre, sino muchos...

Muchos pobres, ancianos, enfermos, niños huérfanos...

Sor Martina no tenía capa; pero, aunque la tuviera, era inútil. ¿Cómo iba a repartirla entre tantos centenares de pobres, de enfermos, de niños?

Otra como nosotros, otra que no fuera Sor Martina, hubiera salido piadosamente del paso elevando a Dios una plegaria por tantos desgraciados como hay por esos mundos...

Pero Sor Martina buscaba algo más; buscaba algo como una capa muy grande que pudiera partir por la mitad, de forma que llegara a todos aquellos.

Y Sor Martina se dio cuenta de que ella tenía aquello tan grande...

Era su amor.

Y Sor Martina lo partió por la mitad. Y dio una mitad a aquellos enfermos, a aquellos niños, a aquellos pobres.

Desde entonces Sor Martina ha dejado de amarse demasiado a sí misma, ha dejado de amar otras cosas de esta vida, y se la ve por ahí en asilos, hospitales, a la cabeza de los enfermos.

Sor Martina ha partido su amor con una espada tan valerosa y firme como la que empleó San Martín para partir su capa.

La mitad de su amor para los pobres, y la otra mitad...

La otra mitad para Dios.

La verdad es que, a veces, no sabe qué mitad es qué mitad...

Sor Martina.

Don Martín se queda él con las dos partes.

Se queda con la parte suya y con la que debiera dar al prójimo.

Tiene una capa tan grande, que podría abrigar a cientos, quién sabe si a miles; pero no. Quiere toda la capa para él solo.

Como ha habido tantas personas que han contribuido a tejer y confeccionar la capa de don Martín, una capa tan grande, es fácil que haya trozos de capa que debieran pertenecer a algunas otras personas, sin culpa de don Martín, desde luego...

Alguien le ha dicho que, por eso, no estaría mal que fuera dando trozos de capa a los que no tienen capa, pero don Martín no quiere ni hablar de eso.

Dice que toda la capa es suya.

Y la capa de don Martín se va haciendo cada vez más grande, más grande...

Y cerca de don Martín hay hombres y niños sin capa, que pasan frío, mucho frío...

¿Sabe usted, don Martín, que una vez hubo un hombre que se llamaba Epulón, y un pobre que se llamaba Lárzo?

¿Sabe usted lo que le pasó a Epulón?

La viuda de Martínez no tiene capa.

No tiene ni capa entera ni media capa. Murió su marido, se quedó sin nada, ha caído enferma, y sus hijos la han llevado al hospital.

A ella le gustó dar toda la vida. Era pobre, pero daba de lo que podía. Cuando no podía dar otra cosa, daba su cariño, su alimento, su consuelo.

Tuvo la gracia y el gusto de dar, como San Martín. Siempre que pudo dio su trabajo, su vida, su amor a Dios, a su esposo, a sus hijos, a sus semejantes.

Ahora que no tiene muchas cosas que tuvo, sin embargo le queda algo muy grande que puede dar.

Le quedan sus penas.

Le quedan sus dolores, su soledad, su abandono. Le queda todo eso tan grande que son las penas.

Ha ofrecido a Dios y a la humanidad, no la mitad, sino todas sus penas, sufridas con resignación, con valor, con sacrificio.

Todas sus penas en una sonrisa apacible y tranquila, por la salvación de los hombres.

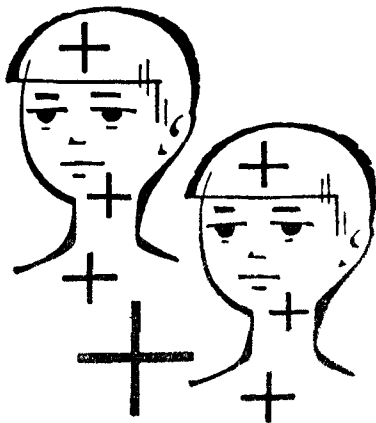
Es lo más grande que puede dar una persona. Es lo mismo que dio Cristo en la cruz para redimir a todos.

Ella es de las que supo dar durante la vida, y seguirá dando hasta el fin.

Es de la misma raza de santos de San Martín.

La viuda de Martínez.

San X°|。



Debiera pasarnos con más frecuencia; pero, desgraciadamente, sólo nos ocurre cuando asistimos a una Misión o a unos Ejercicios, o cuando recibimos alguno de esos empujones descomunales que Dios nos da de vez en cuando.

Entonces nos damos cuenta de que hemos vivido perdiendo el tiempo como unos cretinos y unos imbéciles y, para acabar de una vez con todo este despiste, pegamos un sonoro puñetazo sobre la mesa y exclamamos con voz de profeta:

—¡Hale! ¡A ser santo!

Estupendo. Ya desde aquella misma tarde empezamos a repartir sonrisas, cedemos el paso a los demás y rezamos las oraciones de la noche.

Nos acostamos con la sensación de que llevamos detrás de la coronilla ese anillo dorado que suelen llevar los santos; y empezamos a creer que lo debiéramos haber dejado sobre la mesilla antes de acostarnos, pues nos va a molestar como un estorbo entre la almohada y la cabeza.

Pero, no. Es la santidad, y hay que llevarla a costa de todos los sacrificios.

Al día siguiente, por la mañana, todavía seguimos siendo santos. Normalmente, gran dosis de nuestra

«santidad» la hemos puesto en algo folklórico, según el temperamento de cada uno, y así, uno la ha puesto en no soltar palabras «robustas», otra en multiplicar devociones y otra en no mencionar a su cuñada ni para bien ni para mal. Recuerdo muy bien a un compañero mío de noviciado a quien era fácil adivinarle cuándo «andaba de santidad», pues en esos períodos llevaba invariablemente la cabeza escorada diez grados a babor. Probablemente se debía al peso adicional del aro dorado.

Pero, antes de nuestras primeas 24 horas de santidad, nos damos cuenta de que el aro dorado que llevamos en la coronilla se ha llevado unas cuantas abolladuras. Nos han venido, por ejemplo, pidiendo una buena aportación para la «cáritas» o para no sé qué... y nosotros:

—Santos, sí; pero primos, no.

Y esas cosas...

Nos han dicho que el arroz estaba duro, que a ver cuándo aprendemos de una vez a prepararlo decentemente, y hemos estado de morros toda la tarde. Eso, sí: hemos hecho nuestras devociones de «santidad» y le hemos murmurado a Dios de lo injustos y lo exigentes y lo poco sacrificados que son los demás y que una les aguanta porque es «santa».

Y esto no le convence a Dios y a una tampoco, pero bueno:

—Ser santa y ser tonta no es lo mismo.

Al día siguiente todavía hay momentos en los que nos acordamos de que estamos en plan de ser santos, pero nos acordamos más del plan que tenemos para el domingo y de las cuatro frescas que le diríamos a la cuñada si no fuera porque somos santas.

Y sucede que, a los tres o cuatro días de santidad, han ocurrido acontecimientos por los que nos hemos perdido el aro ese dorado que llevábamos detrás de la coronilla.

Y ha sido, probablemente, porque se lo hemos roto en la cabeza al compañero ese de trabajo que ya nos estaba hartando, o porque se lo hemos hecho tragar juntamente con un folleto explicativo, a una que se lo estaba mereciendo (quizás la cuñada, pero no consta).

Y usted, señor, que hace tres días decidió ser santo, en vista de las circunstancias, ha hecho la siguiente declaración de prensa:

—¡Que sea santo San Pedro!

Y usted, señora, que iba para santa, ha pegado un temible taconazo contra el suelo y se ha dicho:

—¡Que sea santa su abuela! (la de San Pedro o cualquier otra).

Y, dejando sus devociones de «santidad», se ha echado a la calle a ver escaparates.

Total: hemos echado a rodar todo nuestro programa de santidad con la consabida frase, digna de un Pilato ante su palangana:

—Yo no he nacido para santo.

Frase estúpida, si las hay, pues es para eso precisamente para lo único que hemos nacido.

Verá usted; no hay que ponerse así.

Un estudiante que no ha sacado un diez en los exámenes, no dice que él no ha nacido para estudiar, no tira los libros al canal, no cuelga la carrera y decide hacerse peón de la construcción. No. Ese estudiante

saca su seis y su siete en los exámenes, y sigue estudiando como buen chico, se hace su carrera, se coloca, sirve a la sociedad y saca adelante a su familia.

A los cuatro días de «santidad» se da usted cuenta de que es muy peliagudo ser santo de la superclase, pongamos, de San Raimundo de Peñafort o de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Y le da una rabieta y decide seguir siendo un mentecato.

Mal hecho. ¡Hay términos medios, hombre! Hay porcentajes, diría yo.

Usted no va ser Santo 100%. ¿Por qué no se deja de excusas y se hace San X%? ¿Digamos, San 73%, San 57%, o San 33,33%?

Claro que Cristo nos manda «ser perfectos como lo es el Padre celestial», y que debemos aspirar al mayor porcentaje posible, pero sí, por culpa nuestra no llegamos a santazos, es mejor llegar a santillos o a santetes, que el dedicarnos por ahí a hacer el filisteo.

Y, hablando de los santos 100%, le diré a usted en secreto que no hay tales santos 100%. Que a todos ellos hay que rebajarles sus buenas décimas, y también algunos enteros de su porcentaje.

A nosotros, es verdad, hay que rebajarnos un lote mucho más considerable. Pero bueno. Ahí está Cristo que nos perdona. ¿Usted cree que un Dios que perdona al atorrante y bribón del hijo pródigo, no nos va a perdonar a nosotros, los San 46%, San 38%, San 29%?

Hágase usted la idea, señora, mejor dicho: usted, Santa X%, de que usted es aquella samaritana y que Cristo le dice: «Dame de beber». Usted echa el balde

al pozo y, entre que lo echa mal y lo sube dando bandazos, el balde no sube lleno ni mucho menos. ¿Qué hace usted ahora: se enfada porque el balde no sube lleno, derrama en el suelo lo poco que quedaba y se larga dándole la espalda a Cristo; o, por el contrario, le ofrece lo que quedaba para que beba Cristo?

Esto último, naturalmente.

Es usted una Santa X%. Ya volverá usted a echar otra vez el balde al pozo y es muy probable que la próxima vez le salga más lleno.

Sí. Hay que ir al 100%, pero no hay que desanimarse cuando no llegemos, que será casi siempre. Mientras tanto, es estupendo saber que tú y yo podemos ser San X%.

Cristo es bueno hasta para aceptar nuestros baratos porcentajes.

En la parábola del sembrador, nos dijo que parte de la semilla cayó en «tierra buena y dio fruto, en unos sitios de 100, en otros de 60 y en otros de 30.

Es estupendo saber que no sólo a la tierra que dio 100, sino también a la que dio 60 y a la que dio 30, Cristo tuvo el gesto de llamarlas: «tierra buena».

Mis felicitaciones a vosotros:

San X%.

Santa X%.

Animo, y a subir el porcentaje.

Todos los Santos
son muchos santos



Muchos más de los que a primera vista parece. Abunda la mala gente, pero no ha faltado nunca la gente buena.

Hay por ahí mucha más gente buena de la que se pregona. La razón es muy obvia. Por un instinto muy arraigado en nuestra pobre naturaleza caída, somos mucho más propensos a pregonar y airear las maldades de los demás que sus bondades. No somos espontáneos panegiristas de nuestro prójimo, sino todo lo contrario.

De ahí que, para cuando reconocemos que junto a nosotros hay un santo, probablemente, en realidad, hay más de cinco.

Lo mismo que ocurre al revés: cuando decimos que, entre nosotros hay veinte canallas, con toda seguridad que no pasan de tres y medio.

El Apocalipsis dice que los santos eran una muchedumbre que nadie podía contar. A bastantes de esa muchedumbre les toca, por estadística, estar entre nosotros. Y lo están. Siempre ha habido suficientes santos: antes y ahora.

Negar lo sería negar que la gracia de Dios caiga a raudales sobre nosotros; o negar que esa gracia sea

eficaz. En ambos casos, sería rozar una herejía muy gordá.

Y como todos los Santos son muchos santos, yo creo que habría que ampliar la clasificación clásica de santos que va resultando un poco escasilla para tanto santo como Dios nos envía en nuestros días.

Veréis: hasta ahora, más o menos, el fichero clásico de santos tiene los siguientes apartados:

Patriarcas	Profetas	Apóstoles
Mártires	Confesores	Vírgenes
Pontífices	Viudas	Penitentes

Con todo respeto a las tradiciones y someténdome a las Autoridades eclesiásticas, yo diría que la clasificación no es completa y de aquí viene que luego se nos escape mucho santo desapercibido, porque no tenemos casilla en que meterle.

Por ejemplo, ¿dónde metemos a tanto santo padre de familia, a tanto santo trabajador, a tanto santo enfermo? Alguno dirá que en la carpeta de «Confesores». Protesto: en esa carpeta hemos metido a todos los que no sabíamos donde meterlos. Gente de características santas muy distintas. Además, puestos a ello, podríamos hacer de esa carpeta, casi la carpeta única, pues en ella podríamos meter también a los Pontífices, a los Patriarcas, a los Apóstoles, a los Profetas, etc... y... si nos empeñamos, también a los Mártires; recordemos que Mártir en griego y Confesor en latín significan la misma idea.

¿Dónde meteremos a las Santas Amas de casa? ¿Qué culpa tienen esas santas, si no han muerto viudas? No pueden entrar en la clasificación. No entran ni en la carpeta de las viudas, ni en la de las vírgenes

ni en la de las penitentes. Habría que meterlas en la carpeta de las «Confesoras»... y eso, no, porque es un adjetivo horrible capaz de quitar la devoción a cualquiera. Además, no me extrañaría que más de una santa señora sería capaz de abandonar el camino de la santidad sólo para que después de su muerte no la llamaran «Confesora».

Total; que, como vía de ensayo, además de las existentes, yo sugeriría, entre otras, las siguientes clasificaciones de santos:

A.—Santos Trabajadores.

Ese grupo estupendo de gente que se ha hecho santa por el trabajo. Por el trabajo manual o por el trabajo intelectual. Gente que ha cumplido valerosamente los deberes de su profesión y que, en muchas ocasiones, ha llegado en su trabajo más allá de lo que un estricto deber le exigía. Hombres y mujeres que han seguido colaborando con todas sus fuerzas, desde sus puestos, a la obra creadora de Dios. Hombres y mujeres que siguen construyendo el mundo con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Santos, cuya santidad estupenda consiste en haber entregado sus brazos, su talento y sus energías por Dios y por los hombres; en haber hecho que este mundo sea mejor para todos, y en el otro puedan ser felices muchos más.

B.—Santas Amas de casa

Sólo ellas podrían llenar todos los altares de la cristiandad. Habría que ponerlas en los altares, con

sus escobas, sus trapos, sus pucheros, su ropa blanca y sus difíciles presupuestos. O, mejor, habría que ponerlas en los altares, con sus niños en los brazos, como la Virgen.

Entre ellas ha habido y sigue habiendo muchas santas. Son ellas, las esposas, las madres, las abuelas, las hermanas, las hijas, las tías solteras.

Ellas, tantas veces, han formado nuevos cristianos, han fortalecido a cristianos vacilantes, han rogado por cristianos pecadores, han salvado a cristianos moribundos. Ellas, las santas Amas de casa, que han contribuído tanto a que la Cristiandad sea más grande, más profunda y... sobre todo; más buena.

C.—*Santos Enfermos*

Una clasificación para estos gigantes de la santidad. Para los que han sabido ser santos en esa primera línea que es donde está la cruz. Una clasificación para dar un mentís a la estúpida idea de que los enfermos son unos inútiles, cuando pueden hacer lo mas grande que se puede hacer por Dios y por los hombres que es: ser santo.

Los santos Enfermos. Los que llevan su dolor con garbo para ponerlo cada hora y cada minuto interminable en las manos omnipotentes de Dios.

La reserva grandiosa del Cristianismo. Los más cercanos a la Cruz de Cristo. Los que embalsan la gracia infinita de Dios, para que caiga a raudales sobre todo el Cuerpo Místico.

D.—*Santos Simpáticos*

Sí. Una clasificación especial para los que, además de santos, han sido simpáticos en su santidad. Una clasificación especial, aunque estén ya en la carpeta de los Confesores, o de las Vírgenes o de los Enfermos o de las Amas de casa.

Doble ficha para ellos porque, eso de ser simpático además de ser santo, es como ser santo dos veces. Una carpeta y, casi iba a decir, una invocación especial para ellos en las letanías, porque los santos simpáticos son una propaganda fenomenal para el Cristianismo.

Lo estupendo es eso: que los santos sean de tipos tan distintos, que resulte tan complejo el clasificarlos. Gracias a Dios que son así; porque si todos fueran de la misma casta, francamente nos resultarían aburridísimos.

Ahora, en cambio, siempre hay algún gran tipo de esos al que, con la gracia de Dios, podremos parecerlos.

¡Hale!

Los Misterios
de la santa vida de
Doña Rosario



GOZOS

Primero

Rosarito es una monada; «tiene ángel». Y, además, es una buena chica; como tantas que hay por ahí. Lo que pasa es que no hacemos más que fijarnos en unas cuantas locas que se portan de cualquier manera, y luego decimos que «cómo está la juventud hoy en día», y todo eso.

Lo que pasa es que no nos fijamos en que la mayor parte son simpáticas, modernas, alegres y... buenas; como Rosarito.

Y hoy Rosarito está loca de contenta, porque, por fin, hoy, Carlos se ha decidido y se lo ha dicho. Se lo ha dicho con unas palabras que no ponemos aquí, porque escribir esas cosas es, sencillamente, estropearlas.

Ha sido el primer Misterio en su vida. Una Anunciación en la que Carlos y ella se han prometido una vida entera en la que compartirán juntos todos los gozos, los dolores y las glorias.

Ella ya sabe que ahora empieza algo muy grande; ella ya sabe que esto es mucho más serio de lo que algunas creen.

Ella está contentísima, pero ha ido a hacerle una visita a Cristo y a decirle: «Hágase en mí según tu palabra».

Segundo

La boda de Rosarito no ha sido despampanante, y el viaje de novios tampoco. Ella cree (y Carlos piensa lo mismo) que una no es más que las demás porque haya gastado más en la boda. Además, piensa que el matrimonio no lo instituyó Dios para dar una batalla de vanidad contra las amigas. Es un Sacramento, no una guerra «de sociedad». Tampoco el viaje de novios lo han planteado en forma de gran kilometraje, para poder contar después cómo han estado en las Bahamas o en «diversas capitales europeas».

Sin embargo, ella está lo más satisfecha y alegre. Es otro de los Misterios del gozo humano:

Porque Dios se ha fijado en la sencillez de Rosarito

Porque desbarata a los orgullosos en sus planes

Porque levanta a los sencillos

Y deja un gran vacío a los que juegan a ricos.

Tercero

Ha llegado el primero. El Misterio de un nuevo ser en las manos de Rosario. Un ser a quien hay que formar y educar para la vida. Un ser inmortal a quien hay que llevar al triunfo total de la vida eterna.

Tu casa, Rosario, es ya tan grande como el mundo, tan inmensa como la gruta de Belén. En tu casa tienes

que hacer que se dé gloria al Dios de las alturas y que se formen hombres que traigan a la tierra la paz y la buena voluntad.

El mundo del futuro depende de ti, Rosario: de ti, Madre, Ama de casa. De tu casa van a salir los hombres y las mujeres de mañana. De ti depende que el mundo de mañana sea un paraíso o un infierno.

Cuarto

Limpiar, purificarlo todo: la ropa, los muebles, la casa... Purificar en tus niños, aquellos sentimientos que empiezan a enturbiarse... Purificar el corazón de tu esposo y el tuyo de tantas cosas malas como se pegan de fuera: egoísmos, avaricias, envidias, rencores, desalientos.

Uno de tus mayores gozos será éste, Rosario: Limpiar el polvo que se aferra a los rincones, limpiar el egoísmo que se clava en las voluntades, limpiar el dinero que se agarra al corazón. Purificarlo todo, Rosario: tu cuarto Misterio gozoso.

Quinto

Se te casa la hija mayor. O es el segundo que tiene que marchar de tu hogar porque lo exigen sus estudios. Tal vez, uno de tus hijos que quiere ir sacerdote o religioso. Te cuesta, y mucho. Lo importante es que tú, Rosario, los has preparado ya para eso; los vienes entrenando para eso desde hace muchos años. Ahora llevan ese estupendo entrenamiento y no se van a perder, no.

Si no es a los tres días, será a los tres meses o a los tres años, cuando verás que este dolor se te ha convertido en gozo.

DOLORES

Primero

La angustia. La congoja. La amargura. Las lágrimas...

Llegan a tu casa y a tu corazón; y no una, sino varias veces. Ya lo sé, Rosario, no hace falta que me cuentes: es una enfermedad grave, un desastre material, una calumnia, una sospecha, una desavenencia profunda en tu casa...

Y tú has pedido a Dios que pase esta tribulación... y parece que Dios no te escucha. Estás hundida, totalmente en tierra...

Aunque creas que ya ni Dios te hace caso, sigue rezando y no le digas más que esta oración:

«Hágase tu voluntad y no la mía».

Segundo

No ha sido con látigo, pero te han azotado. Ha sido con la lengua, el peor de los látigos. Tú creías, Rosario, que todos te estimaban, que muchos, hasta estarían agradecidos a tus favores.

Y te has enterado de que personas de las que menos tú esperabas que lo hicieran, han estado hablando mal de ti, y de tu esposo, y de tus hijos ...

Latigazos que te han sacado tiras del alma, que te han arrancado jirones del corazón. Y te ha subido la cólera y has pensado devolverles latigazos por latigazos.

Un momento, Rosario. Cristo estuvo quieto, con las manos atadas.

Quieta, Rosario. Atadas tus manos... y tu lengua... Es tu segundo Misterio Doloroso. Lo están rezando la Virgen y el Niño contigo. Quieta, Rosario.

Tercero

Probablemente no has sido nunca Reina de la Belleza, ni Reina de la Vendimia, ni Reina del Algodón... Te hubiera gustado ¿verdad? Es muy bonito: una diadema, fotografías, primeras páginas en las revistas...

Sin embargo, te harán reina muchas veces, Rosario: Reina del Dolor. Notarás muchas veces sobre tu cabeza la corona real del sufrimiento. Es la más hermosa de las coronas, la corona que tan pocas saben llevar con gesto de reina.

Sólo la que sabe llevar bien esta corona demuestra que tiene estirpe regia.

«Dios te salve, Rosario, reina».

Cuarto

Con tu cruz siempre, grande o pequeña. No la sueltes, es tu mejor amiga, es una palanca, una llave; acabarás queriéndola con toda tu alma: esa cruz es casi un trozo de Cristo que llevas en tus manos.

Llévala y ayuda a llevar las de los demás: las de tus hijos, tu esposo, tus familiares, los pobres, los desgraciados... Haz, unas veces de Cirineo, otras de Verónica y siempre, de Cristo.

Sólo con una diferencia: No te metas con las hijas de Jerusalén.

Quinto

La Muerte llegará a tu casa. Tu Quinto gran Misterio Doloroso es hacer que la muerte de los tuyos no sea un dolor irreparable, sino un triunfo.

Recuerda que tú has sido la que más has tenido que ver en las nuevas vidas que han llegado a tu hogar; tienes que ser también la que mejor prepares las muertes de los que Dios se lleve.

Recibiste varias vidas de las manos de Dios. Tu obra colosal es hacer que, cuando llegue la hora, vuelvas a ponerlas en perfecto estado en sus divinas manos.

Que esos días supremos, puedas devolverle a Cristo aquella palabra:

«Señor, he aquí a mi esposo... Señor, he aquí a mi hijo».

GLORIAS

Primero

Resurgir siempre de todos los malos momentos. No quedarte hundida por contradicción alguna más de tres días o más de tres horas.

Y, en esos malos momentos, seguir creyendo. Seguir creyendo que Dios existe, que con Dios siempre se triunfa.

No hay suficientes sepulcros en el mundo para sepultar definitivamente a Cristo, ni para hundirte a ti, que crees en Cristo.

El está junto a ti en esos malos momentos; disfrazado de caminante, hortelano... de algo que tú no reconocerás... pero, está.

Segundo

Misterio difícil, Rosario, el de la Ascensión humana. A todos nos gusta subir y casi siempre nos extraviamos en la subida. Subimos a donde no hay que subir.

No se trata de subir a que tengas más dinero, más joyas, mejor casa y mejores vestidos que las demás.

No se trata de subir para que no te pisen las demás, para estar más alta que ellas en honrilla, en popularidad, en culturilla...

Todo eso es bajar. Tu Misterio de la Ascensión es llegar a estar muy por encima de todas esas cosas... y muy por encima de ti misma.

Tercero

El Espíritu de las lenguas de fuego. El Espíritu del don de lenguas.

Fuego bendito del Espíritu Santo sobre tu lengua, para que tu lengua se abra a sí misma antes que abrazar las vidas de los demás.

Don de lenguas sobre ti, para que tus palabras

puedan repartir siempre, la tranquilidad, el cariño, el amor, el consuelo.

Don de lenguas para cuando tengas que hablar con tus hijos que necesitan dirección; con tu esposo que necesita aliento; con los que te han injuriado que necesitan perdón; con tus hermanos los hombres que necesitan ayuda...

Cuarto

Cuando Dios te llame, morir sin miedo. Morir con la sencillez y la humildad con que murió Ella. Sin dejar grandes frases a la hora de la muerte. No hacen falta, porque ya habrás dejado hermosas obras durante toda tu vida.

Que tu muerte, aunque dolorosa para ti y para los tuyos, sea en realidad un Misterio Glorioso. Que a los pocos días de tu muerte, a los tuyos se les ocurra espontáneamente:

—Un Padrenuestro a mamá, para que nos ayude desde el cielo...

Quinto

Tu vida ha sido estupenda, Rosario. Quince Misterios, tal vez quince mil, pero cuyo misterio está en saber afrontarlos con generosidad en la vida de todos los días.

Quince mil o quince millones de santidades pequeñas, cotidianas, triviales.

Tu último Misterio es «la corona de justicia que pondrá sobre tus sienes el Señor, justo Juez».

Santa Rosario de los Quince Misterios.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Tres advertencias	5
San Antón, un santo con toda la barba	7
San Dimas, el buen ladrón	15
Las tres Verónicas	23
Si Herodes no hubiera matado a los Inocentes... ..	31
Todos los santos	39
San López, patrono del hombre de la calle	45
Apóstoles, F. C.	53
Sermón de San Roque	59
Está entre nosotros el santo Job	67
María Cleofé	75
Querido San José:	85
¿Qué sabe usted acerca de San Cristóbal?	91
San Matías, el apóstol "reserva"	99
El valeroso San José de Arimatea	105
Las cadenas de San Pedro	113
Santa "Gente de la calle"	121

Páginas

El dragón de San Jorge y otros dragones	127
Dos epístolas apócrifas de San Pablo	135
Las hogueras de San Juan	143
San Vicente se hace galeote	149
Vida de San Usted mismo	155
Santa Rita abogada de los imposibles	165
Melchor se va al Oeste	173
San Veintinueve	181
Más florecillas de San Francisco	189
San Martín da la mitad de su capa	197
San X %	205
Todos los Santos son muchos santos	213
Los misterios de la santa vida de Doña Rosario	221